

# ESPAÑA EVANGÉLICA



AÑO XV. — NÚM. 706

Madrid, 30 de Agosto de 1934

PRECIO: 25 CÉNTS.

## CRÓNICA

### Las negociaciones con Roma.

Y de las negociaciones con Roma, ¿qué? Pues... nada que, según todos los rumores, confirmados al fin por el mismo Gobierno, el distinguido embajador extraordinario, Sr. Pita Romero, está para volver a España sin haber logrado nada concreto de la sutil diplomacia vaticanista.

La verdad es que aquí sí que se puede decir aquello de «para ese viaje no se necesitaban alforjas...». Porque, vamos, llevar a Roma la más lucida representación diplomática que se pudo encontrar con el mismísimo ministro de Estado a la cabeza, estar allí cerca de tres meses y gastar un dineral del empobrecido erario público para volver sin concordato, ni siquiera con un mal convenio firmado, es como para maldecir la hora en que semejante idea ministerial pudo ser concebida.

Pero no nos extrañemos demasiado. Ha sucedido lo que fatalmente tenía que suceder, lo que estaba descontado desde el principio hasta por los comentadores más modestos que escribimos en ESPAÑA EVANGÉLICA.

Si no había base, señores, ni siquiera pretexto, para semejante intento de negociaciones con la Roma papal. Una Constitución laica desde el principio hasta el fin; un régimen de separación de Iglesia y Estado que se caracteriza por su neutralidad absoluta en materia religiosa y por su decisión inquebrantable de apartar del Poder civil todo contacto oficial con el poder eclesiástico y que no quiere intervenir en nada que se refiera al orden interno de confesiones y congregaciones religiosas si no es para garantizar en la vida pública la plena libertad de cultos, ¿cómo puede tolerar conversaciones oficiales de ninguna clase con poderes eclesiásticos de fuera? Si el Gobierno republicano se encuentra con toda la legislación establecida sobre el particular y no tiene otro deber que la de hacerla cumplir a rajatabla, ¿a qué comprometer dinero, personal y tiempo en esos menesteres de viajes y de negociaciones con personas que nada tienen que ver con nuestros asuntos? ¿Negociaciones? ¡Si estaba ya todo negociado! Unas Cortes Constituyentes, legales y competentes como las que más, que tenían en su seno todas las representaciones y defensas que podían necesitar los católicos, legislaron y establecieron lo que debían legislar y establecer sobre materias eclesiásticas. Pues ya no hay nada que hacer. A cumplir religiosamente lo legislado, todos, absolutamente todos, desde el Presidente de la República hasta el último empleado de la última oficina del Estado; desde el más encopetado al más humilde ciudadano y desde el papa que se asienta en Roma hasta el más insignificante monaguillo que apura las vinajeras en la sacristía. Todos a cumplir la ley de laicismo que nos hemos dado y... a otra cosa.

¡Ah!, ¿que no les gusta esta ley a clericales descubiertos o embozados? Pues a pedir en forma la revisión constitucional, y si tienen votos para ello, a reformarla a gusto y capricho de los vencedores, y entonces sí, vayan a Roma *por todo*, hasta por el restablecimiento de la Inquisición y el reconocimiento del *papa rey* en los dominios españoles y... boca abajo todo el mundo.

Pero mientras tanto, no, señores de la derecha o del centro o del lado que sea, no y mil veces no. Mientras la Constitución actual y sus leyes complementarias rijan en España, lo único justo y obligado para esas gentes tan amantes del orden y de la autoridad y de la paz pública, es aguantar la ley y la Constitución, y lo más subversivo y anárquico y desmoralizador es andar

con cambalacheos o componendas con Roma a espaldas de la ley.

Pero... ¡todavía se regatea la libertad de conciencia en la España republicana! He aquí dos hechos recientes acaecidos en Barcelona, capaces

de inspirar las más serias inquietudes: 1.º, un escritor ha sido condenado en juicio público por *supuestos ataques al dogma católico*. ¿Pero es que puede darse este delito en un régimen constitucional de libertad de cultos y de pensamiento? El dogma es un principio, una idea, una doctrina especulativa puramente, ni siquiera una institución o persona jurídica. ¿Cómo, pues, llamar delito y hacer objeto de caución a un ataque a ideas, principios o doctrinas puramente especulativas? No lo entendemos, y deseáramos, en verdad, que un jurisperito, un abogado, de recta conciencia nos explicase este enigma. Comprendemos el ataque punible a la persona en su cuerpo, bienes o fama, pero, ¿el ataque a una idea? Imposible calificarlo de punible. ¿Habrá que volver a empezar por defender el sacrosanto derecho de la libertad de conciencia en plena República?

2.º Un pobre anciano enfermo, evangélico de toda la vida, con documentos que así lo acreditan, está hospitalizado en la Cruz Roja, es decir, en un establecimiento oficial, y es a cada paso molestado por la visita del cura y de las ¡hermanas de la caridad!, que no van precisamente a prestar sus servicios sanitarios, sino a ofrecer al enfermo imágenes, sacramentos, etc., y cuando ven que el enfermo se niega cortés, pero valientemente, a dejarse sorprender, y consideran imposible de catequizar al *empedernido* protestante, se las arreglan de modo que, desahuciado de los médicos y casi agónico, sea sacado del Hospital para su casa, después de tener pagado por adelantado su estancia con fuerte tarifa.

¿Se puede consentir esto que es, además de injusto, cruel e inhumano? ¿No hay medio de hacer entender a esos señores curas y a esas tan alabadas «hermanas» los deberes que tienen para con los enfermos que pagan y que tienen derecho a ser respetados en sus creencias religiosas? Habrá que pedir con nuevas fuerzas la libertad religiosa en los centros oficiales y públicos, pues tales extralimitaciones son imposibles de tolerar.

Y tendremos que dar la razón al buen amigo que, no hace mucho nos decía: «¡Desengáñese, D. Agustín! Se equivocan los que creen que la misión de la Alianza Evangélica Española ha terminado con el establecimiento de la libertad de cultos. Porque la libertad de cultos está consignada en la Constitución y el problema religioso está resuelto en la ley, pero el clericalismo fanático y la intolerancia religiosa están tan arraigados en algunas personas, que dentro de los mismos centros oficiales y por los mismos servidores del Estado, nos darán más de una ocasión para que la Alianza tenga que reclamar ante la República el respeto a la Ley». Y la verdad es que lo ocurrido con ese juez de Barcelona y con las monjas del referido hospital, que no son sino muestras de casos que ocurrirán en otras partes, están dando la razón a nuestro amigo.

Mucho nos alegraremos, por bien de la Causa y por el buen nombre de la República, que no sea preciso recurrir a tales extremos, y que la libertad de cultos sea en España una bendita realidad.

AGUSTÍN ARENALES.



# SIGUIENDO A CRISTO

Pocas obras religiosas han sido aceptadas en estos últimos tiempos con mayor entusiasmo que la del americano Sheldon, «En sus pasos», apartado conscientemente del peligro que no supieron abordar los pietistas de fines del pasado siglo, quienes, en su empeño de introducir la figura de Jesús en la vida cotidiana, demostraban que Él sería hoy el mejor obrero, el mejor empleado o jefe, el mejor maestro o discípulo, el mejor padre o hijo, desfigurando el verdadero carácter divino del Cristo. Sin embargo, los pietistas saben bien, como Sheldon y como otros muchos, que ningún aliciente más eficaz hay para vivir cristianamente que la evocación de la figura de Cristo tal y como Él era cuando estuvo en el mundo. Claro está que Sheldon mismo reconoce que no siempre es fácil suponerse a Cristo en nuestro lugar y, por eso, el piadoso americano, pone como base indiscutible de nuestra vida de cristianos los Evangelios y se reserva solamente algunos ejemplos indudablemente prácticos.

Cristo mismo exigía de los que buscaban la vida eterna un seguimiento incondicional, que para ser efectuado suponía de antemano haber prescindido de todas aquellas cosas que hacen agradable la vida del hombre: las riquezas (Mat., XIX, 21-22), las comodidades (Luc., IX, 57-58), los amores de este mundo (Luc., IX, 59-60 y 61-62), la vida misma (Juan, XII, 25-26). Pero Cristo, al exigir estas cosas que, a veces, llenaban de espanto a sus discípulos (Mar., X, 24, 26), no hacía como muchos de esos que hoy se llaman caudillos y jefes, pero que no son capaces de hacer lo que exigen de los que les siguen, sino que Cristo empezaba por dar ejemplo; primero, resistiendo las tentaciones de Satanás (Mat., IV, 1-11), de cuya resistencia se burla cruelmente el Inquisidor General de Sevilla, como jefe actual de los cristianos, en el poema que Dowtojeski incluye en su obra prostrera «Los hermanos Karamasow», después, prescindiendo de techado bajo el cual acogerse y de lecho donde reposar (Luc., IX, 58), desligándose verdaderamente de los amores de esta tierra (Marc., III, 31-35), entregando su vida conscientemente en el Calvario (Mat., XVI, 21). Cristo no era como esos generales de hoy, que lanzan sus tropas a la batalla y las dirigen desde el punto más resguardado. Cristo cayó el primero, ratificando así todo cuanto había estado predicando y exigiendo de los que pretendían seguirle» Isaías, capítulo LIII, versículos 4 y 7).

Pero Cristo hacía otra cosa, que no debe pasar inadvertida: Él estaba en inmediata y continua *comunicación con el Padre*, lo que, por ser Él, era una verdadera comunión, como el Evangelio de San Juan nos lo dice: «El Padre y yo una cosa somos» (Cap., X, 30). Esa comunión era para Cristo la fuente de donde manaban todas las fuerzas que Él demostraba poseer en grado sumo. Teniendo en cuenta, pues, la necesi-

dad de dicha comunión con el Padre ya no puede parecer tan extraño que Cristo exija: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mat., V, 48). Mucho antes que los discípulos fué Moisés quien oyó cómo Dios le dictaba: «Sed santos, porque yo, el Señor, soy santo» (Num., XIX, 12). Y también el apóstol Pablo escribe a los Efesios: «Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos amados» (Efes., V, 1). Nosotros mismos, al orar el Padrenuestro ¿nos damos cuenta que al decir «perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», imitamos el perdón de Dios? Si no fuera por la comunión con Dios ¿cómo podríamos percatarnos de nuestra propia imperfección?

Ahora bien, la pregunta racionalista sobre si hay diferencia entre seguir a Cristo e imitar a Dios, queda contestada negativamente por todo el Nuevo Testamento. Hay versículos que contestan como éste: «Si a Mí me conociésteis, a mi Padre también conoceríais» (Juan, VIII, 19). Y otro versículo nos dice que Cristo no hacía sino lo que Dios mismo le mandaba: «Porque el que me envió conmigo está: pues yo lo que a Él agrada hago siempre» (Juan, capítulo VIII, versículo 29). Al imitar a Cristo también se imita al Padre; y aspirar a la perfección de Cristo, como el apóstol aconseja a los cristianos de Roma (Romanos, XV, 3-7), es también aspirar a ser perfectos como el Padre.

\* \* \*

¿De qué modo podemos nosotros realizar el seguimiento de Cristo? ¿Por qué no basta con que procuremos poner en práctica los preceptos evangélicos de amor, sin emprender, primero, el seguimiento de Cristo? Porque en eso precisamente consiste la diferencia entre el cristiano y el que simplemente cree en la verdad de ciertos preceptos de Cristo, pero no acata la cruz como símbolo redentor.

Es indudable que la figura de Jesucristo ejerce una influencia poderosa sobre todos los que la miran de cerca. Para los primeros cristianos la figura de Cristo, estrechamente unida a sus hechos y palabras, mantenía vivo su fervor, excitándoles a pisar sobre las huellas luminosas, camino del Calvario. Por las epístolas escritas en tiempos de persecución sabemos cómo Jesucristo es presentado como el más excelso ejemplo de sacrificio (Hebr., XII, 1-4; XIII, 12-15); 1.<sup>a</sup> Pedr., IV, 1). Y, verdaderamente, los primeros cristianos iban al suplicio sabiendo: «El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará» (Juan, XII, 25 y 26).

*Los primeros cristianos entendían por se-*

*guir a Cristo el permanecer fieles a sus mandatos, sin rehuir la cruz y entregando al fin su vida, como Él.* Pero en vano buscaremos en estos héroes la imitación de la vida de Cristo como un fin a perseguir. Como quiera que Cristo hacía lo que predicaba, al obedecerle se le imitaba; aun sin proponérselo.

(Sólo una vez, pero no precisamente en el Nuevo Testamento, sino en el libro apócrifo llamado «Doctrina de los 12 Apóstoles», leemos que el profeta de la congregación (1.<sup>a</sup> Cor., XIV, 3) debe imitar «las maneras del Señor» (Cap. XI, 8).

*La imitación de la vida de Cristo nació en el seno del catolicismo*, tomando con el tiempo un auge insospechado, que culmina con la mística de los siglos XVI y XVII. El primer anacoreta cristiano que, creyendo interpretar al pie de la letra el episodio del joven rico (Mat., XIX, 16-22), retiróse a vivir en el desierto, fué el primer eslabón de la cadena. Otros muchos le siguieron. Pero ni él ni estos otros pensaban en imitar a Cristo ¡sino obedecerle!, ya que, como el malogrado Harnack afirmó, sin dejar motivo a dudas, en su obra «El cenobismo», los primeros que se retiraron al desierto lo hacían como protesta contra la mundanidad de la Iglesia, las desmesuradas ambiciones del papado y los vicios del clero.

Sin que se interrumpiese la marcha de los cenobios y conventos, invocó la imitación de Cristo de un modo especial Francisco de Asís, particularmente respecto a la pobreza y la humildad y el amor a toda criatura. Antes que él Pedro Waldo también había ensalzado la imitación de la vida de Cristo. Y aun antes que Waldo recomendóla muy mucho el animador de la orden monástica de los cistercienses y de la guerrera de los templarios, Bernardo de Clairveaux. Después de éstos hay una falange inmensa de ascetas y místicos, entre los que se cuentan muchos compatriotas nuestros, como aquel, cuyo nombre no sabemos, que escribió el conocido soneto «No me mueve mi Dios para quererte el cielo que me tienes prometido... Muéveme, ver tu cuerpo tan herido; muéveme tus afrentas y tu muerte. Muéveme, al fin, tu amor, de tal manera...»

Pero la obra cumbre del catolicismo acerca de la imitación de Cristo fué la que se atribuye al agustino Tomás Hemmerken, más conocido por Tomás de Kempis, titulada *De la imitación de Cristo*. La obra comienza así: «El que me siga no andará en tinieblas (Juan, VIII, 12), dice el Señor. Estas son las palabras de Cristo por las que se nos incita a imitar su vida y sus hechos, si es que deseamos ser iluminados y librados de la ceguera del corazón».

Sin embargo, la «Imitación de Cristo» explicada por Tomás de Kempis es, a pesar de su carácter internacional, pues sigue a la Biblia en difusión, una obra profundamente católicorromana y, como tal, no concuerda siempre con lo que Cristo exige en su Evangelio, y no concuerda con ello, por cuanto el creyente que imita a Cristo no se preocupa en lo más mínimo de su prójimo, sino

(Continúa en la página 196.)



IN MEMORIAM

# EL Rdo. FRANCISCO ALBRICIAS

Ha muerto a los setenta y ocho años de edad víctima de una penosísima enfermedad que exigió nada menos que seis operaciones quirúrgicas, que soportó con extraordinaria entereza cristiana, reconocida y admirada por todos los empleados del Hospital de la Cruz Roja, de Barcelona, tan sometido aún a las influencias clericales.

Desde el primer momento se percató el paciente de la extrema gravedad de su dolencia, y todos sus pensamientos y preocupaciones principales fueron para mantener su fe ante aquel ambiente tan poco favorable, dictando disposiciones que firmó con pulso firme, para que nadie de fuera contrariase su voluntad de vivir y morir en el seno de la Iglesia cristiana evangélica, y su espíritu se sostuvo constantemente en comunicación con su Padre Celestial y con Cristo su Salvador, cuyos nombres sacratísimos estaban a cada paso en sus labios.

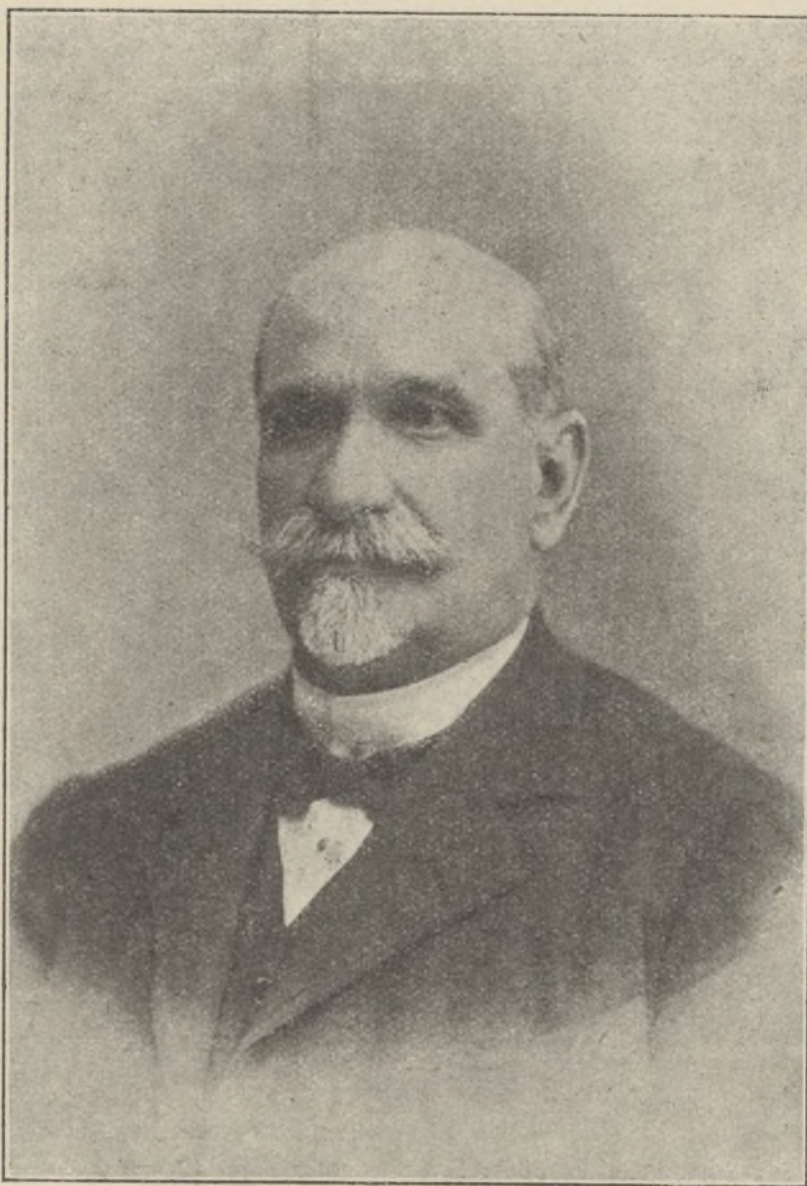
Su biografía es tan conocida que sólo bastará apuntar unos cuantos datos para recordar una vida larga consagrada al servicio de la Obra del Señor.

Convertido al Evangelio en sus años de adolescente, cuando ejercía el cargo de *monaguillo*, se agregó a la Iglesia evangélica de San Pablo, bajo la dirección del pastor Empaytaz, de venerable memoria; y de diecisiete años no más comenzó ya su labor de maestro y de evangelista en Monistrol, Rubí y otros importantes lugares barceloneses, mostrando ya sus excepcionales dotes de pedagogo y propagandista.

Andando el tiempo, se hizo colportor e inspector de colportores de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, y cuando en sus correrías llegó a tierras alicantinas se dió a conocer, junto con el batallador liberal y demócrata Francos Rodríguez, como conferenciante erudito y polemista formidable, y allí en Alicante sentó, al fin, sus reales, para entregarse de lleno a la labor pedagógica, por la que sintió siempre sus más fuertes impulsos fundando la *Escuela Modelo*, que había de ser, en efecto, *modelo* de centros docentes evangélicos y que por muchos años fué, desde luego, el más importante y popular colegio de la hermosa ciudad levantina, y jamás se olvidará la historia gloriosa de más de cuarenta años de esta célebre escuela, por la que han pasado millares de niños de todas clases sociales, recordándose siempre de modo especial aquella nota tan simpática de los

desfiles por las calles céntricas de la población en los que cientos de niños bien formados iban precedidos de la bulliciosa y armónica banda de pífanos y tambores, a cuyos alegres sonos corrían alborozados los muchachos hacia la Escuela Dominical.

D. Francisco Albricias, con pujante esfuerzo de propaganda, pudo levantar allí uno de los mejores edificios con que hoy



Rdo. Francisco Albricias.

Vicepresidente de la Alianza Evangélica Española.

cuenta la Obra evangélica en España, siendo notables la biblioteca y museo, que también fundó y sostuvo en aquella casa educacional que fué también misionera, y extendiendo su trabajo evangelizador a Elche, San Vicente y otros pueblos alicantinos.

Fué el finado, por los años 18 y 19, presidente de la Comisión Permanente de la Iglesia Evangélica Española, en cuyas asambleas pronunció magistrales discursos sobre temas escolares. De un hábito de lectura y estudio tan acentuado, llegó a ser un notable escritor y traductor, quedando, entre otras obras, de su pluma fecunda la traducción bellísima de la «Historia de la Iglesia primitiva», y es lástima grande que la muerte le haya impedido dar cima a una obra que le preocupaba mucho en estos úl-

timos tiempos de «estudios críticos sobre los místicos españoles», para la que había recogido preciosos materiales.

El entierro, en el que actuaron los pastores que se hallaban en Barcelona y los de Sabadell y Rubí, con el pastor oficiante, reverendo Agustín Arenales, actual presidente de la Iglesia Evangélica Española, fué una sentida manifestación de duelo.

A su viuda e hijos todos y familiares, nuestra más sincera simpatía y condolencia.

## La consecuencia.

El último artículo que nos envió D. Francisco.

Durante unos años trabajé por la Sociedad Bíblica, y con algunos colportores recorrí varias provincias, usando el ferrocarril, diligencias, carros, caballerías y algunas veces a pie, cargado con mis enseres, como hacían mis compañeros.

Aleccionado por ellos, cuando recorriamos las Castillas, cada uno traía un gran saco, que al llegar a las posadas, llenábamos de paja y con las sábanas y mantas correspondientes hacíamos nuestras camas, que tendíamos a la entrada entre dos carros, y allí pasábamos la noche, despertándonos varias veces a distintas horas para dar paso a los carros que entraban o salían de la posada.

A muchas poblaciones llegábamos con antecedentes, y a veces con recomendación para personas de cierta influencia en la localidad, y mientras los colportores recorrían la población y las afueras ofreciendo el libro santo, yo procuraba ponerme al habla con las personas que me habían sido recomendadas, a las que decía que sus amigos del otro pueblo me habían hablado bien de él o de ellos, y que allí había dado una o varias conferencias públicas en un local adecuado (que unas veces era la sala del círculo, un cubierto desocupado, y las más de las veces el teatrillo de aficionados del lugar) conferencias sobre grandes republicanos como Washington, el fundador de la República de los Estados Unidos; Lincoln, que dió la libertad a los esclavos, azaña que le costó la vida; Franklin, el infatigable republicano que tanto hizo para la independencia de su país; Garfield, aquel hombre modesto, que tanto enalteció la magistratura de su nación por sus virtudes cristianas; Savonarola, que fué un fraile republicano, enemigo de las tiranías y que

fué quemado vivo por la Inquisición; Livingstone, el modesto tejedor, que por su laboriosidad y su constancia estudió la medicina y se fué al África a evangelizar, recorriendo regiones que no había visitado ningún blanco, hizo descubrimientos geográficos que le valieron gran renombre y reveló al mundo civilizado los horrores y crímenes que se cometían en la caza de esclavos, etc.

Muchas veces, las personas de cierto viso, a quienes acudía, se encargaban de facilitarme el trabajo, preparando local, permiso de la autoridad y haciendo que el pregonero invitara a los republicanos y republicanas a una conferencia sobre un asunto interesante para el pueblo. Alguna que otra vez la Prensa republicana hacía la reseña de alguna de mis conferencias y me proporcionó la ocasión de tomar parte en mítines en Murcia y otras poblaciones importantes de la provincia, en compañía de Francos Rodríguez, que durante muchos años fué presidente de



la Sociedad de Escritores de Madrid, diputado a Cortes y tres veces ministro con Alfonso XIII, y cuando Blasco Ibáñez era todavía joven, tuve el honor de tomar parte en dos mítines juntamente con tan notable escritor en poblaciones importantes de la provincia de Valencia, Játiva, una de ellas.

Bien entendido que antes del mitin nos poníamos de acuerdo sobre lo que íbamos a tratar y mientras ellos dedicaban su parlamento a la política, yo trataba el problema religioso desde mi punto de vista.

Una vez enterados mis pacientes lectores de mi modo de trabajar, entremos en materia. En cierta ocasión, llegué a Yecla, población de unos 30.000 habitantes al Norte de la provincia de Murcia.

Era día festivo y como no traía ninguna recomendación, porque no pensábamos pasar por allí, me fuí al círculo republicano, donde hablé con el presidente sobre mis proyectos.

—¿Usted pretende ser diputado a Cortes por este distrito?— me dijo.

—No, señor— le contesté—. Yo no deseo ser diputado por ningún distrito.

Entonces, añadió:

—¿Qué pretende usted?— Contribuir a la educación de nuestro pueblo republicano y enseñarle a practicar la tolerancia y el respeto a la opinión ajena. —Usted, me dijo, lleva gato encerrado, y quisiera saber con quién trato.

Yo le contesté:

—Soy un modesto agente de la Sociedad Bíblica, y al par que relato la vida de estos grandes hombres, que fueron protestantes como yo, recomiendo la adquisición y la lectura de la Biblia.

Una sonora carcajada fué su respuesta.

—Ustedes— añadió— son gente atrasada —y llamando a una niña, hija suya, de unos cinco años, le dijo: Dime, hija, ¿existe Dios? La niña contestó negativamente. El padre añadió en son de triunfo: ¿Ve usted cómo yo educo a mis hijos?

A mi vez le interrogué: Un republicano, librepensador y ateo como usted no habrá llevado a su hija a bautizar, ni usted, hombre consecuente, se habrá casado por la Iglesia. Su respuesta fué:

—¡Ya me ha cogido usted! Las mujeres en España están muy atrasadas y si uno quiere vivir en paz...

A esto siguió una animada discusión, en la que tomaron parte los socios presentes más ilustrados. Al final me dijo:

—Esta tarde vendrán muchos socios; pondremos el anuncio y por la noche nos dirá usted todo lo que quiera.

Efectivamente, tuve numeroso auditorio, muy atento. Después de mi discurso tenía la costumbre de decir: El libro del cual he hablado y que Lincoln tenía en mucha estima, lo tenemos aquí esta noche y os recomiendo lo adquiráis de unos compañeros míos que estarán a la salida. Muchas veces la venta era copiosa.

A Yecla fuí varias veces después y siempre fuí recibido muy cordialmente por aquellos republicanos que se hicieron muy amigos míos.

\*\*\*

Hay quien cree que es ya tarde para tratar el problema religioso en nuestro país. Yo creo que ahora es el momento oportuno porque lo que se llama librepensamiento en general, los que más tratan de ello, menos costumbre tienen de pensar ni libremente, ni de otra manera, y en cuanto a los ateos... que se casan por la Iglesia romana, que hacen bautizar a sus hijos por el cura y enterrar a sus muertos por el sacerdote, créame, de cada cien, los noventa y nueve hablan de ateísmo y no saben lo que es, ni a lo que conduce.

Ante tal ignorancia religiosa y tanta inconsecuencia, opino que nuestros hermanos deben ser cada día más decididos propagadores de las enseñanzas evangélicas. —Francisco Albricias.

Continúa.

## SIGUIENDO A CRISTO

está atento únicamente a su propia salvación.

De la imitación católica de Cristo han salido la vida monástica, el celibato eclesiástico y otras cosas ajenas al espíritu de los Evangelios. Según los católicos imitar a Cristo es salirse del orden natural del mundo. Mas Cristo no enseñó tal cosa, antes al contrario. Él supone en este mundo a los que le siguen, cuando dice: «No os acongojéis por vuestra vida, qué habéis de comer, o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir... Vuestro Padre celestial sabe que de todas estas cosas habéis de menester. Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas» (Mat., VI, 25 y 32-33). Es decir: al seguir a Cristo no se trata de la santidad exterior, que se manifiesta profetizando u obrando milagros, como los santos del catolicismo, ni tampoco de invocar el nombre de Jesús, reconociéndole como Señor, sino se trata, en primer término, de hacer la voluntad de Dios (Mat., VII, 21-23).

Todos esos preceptos morales o higiénicos ensalzados por muchos como señal de seguimiento a Cristo se diferencian en poco de los que Cristo combatía en los fariseos y doctores de la ley y, como ellos, inducen a suponer que, cumpliéndolos, ya se está en buen camino. Por el contrario, quien pretenda seguir a Cristo ha de tener, en primer lugar, «oídos para oír» la voz de Dios, reveladora de su voluntad. ¿Y sería posible que alguien a quien Dios conceda tener «oídos para oír» deje de obrar con su prójimo, sea donde fuere, como con un hermano amado? ¿Sería posible hacer la voluntad de Dios y adorar a Mammon o a los otros mil ídolos ante los que se prosternan tantos hombres? ¿Sería posible hacer la voluntad de Dios y no cumplir todos los preceptos morales existentes?

Por el contrario, al especificar cada momento de nuestra vida, comparándola con momentos parecidos en la vida de Cristo, ¿no caeremos en una vulgarísima manera de empequeñecer las cosas tan grandes? El mismo apóstol Pedro creía que por haber dejado sus redes ya «lo había dejado todo» por seguir a Jesús (Mat., XIX, 27). Cómo se conturbaría su corazón al oír: «Quien quiera seguirme, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame» (Mat., XVI, 24).

Hay hoy muchos que, por la gracia de Dios, han desechado su vida depravada y creen por eso que siguen a Cristo mejor que nadie.

En primer lugar esos tales, cuyas costumbres seguramente eran ya dignas de castigo por los códigos vigentes, han dejado aún menos que el buen apóstol Pedro, que dejaba sus medios de sustento ¿Con qué derecho se titulan, pues, «seguidores de Cristo» de un modo especial, como si los demás lo fueran del diablo?

Hay otros que, siendo ya morales, consi-

deran como una gran cosa meritoria cuanto hacen inspirados en Cristo. A estos les dice el Evangelio: «Y después de haberlo hecho todo, diréis: siervos inútiles somos» (Luc., XVII, 10).

Sería conveniente no olvidar que el que sigue a Cristo no es libre, sino siervo que hace lo que su señor ordena. El que sigue a Cristo ha de caminar siempre bajo el «yugo de Cristo» (Mat., XI, 29), lo cual, aun siendo el yugo tan suave, no es nada fácil. Antes al contrario, es muy posible que quien sigue a Cristo no sienta el yugo sobre sí hasta el momento en que Dios, acaso de un modo que llamamos violento, interviene en nuestra vida, desbaratándola, destruyendo nuestros planes y nuestras ilusiones. ¡Entonces es la ocasión de probarse a sí mismo! Mientras los discípulos de Jesús le veían todo lleno de amor y poder se resistían a apartarse de Él (Juan, VI, 68), pero cuando le vieron rodeado de soldados y cargado con su cruz huyeron y, a excepción de uno solo, le abandonaron.

Por eso, todos esos pequeños sacrificios, que indudablemente hacemos en nuestro afán de seguir a Cristo, deben considerarse, no como lo principal, sino como un comienzo en el seguimiento de Cristo.

Tampoco es el seguimiento de Cristo privilegio de unos cuantos, ni mucho menos, algo que es preciso recomendar calurosamente. El seguir a Cristo ha de ser una necesidad para quien oyó la revelación: «Sin mí nada podéis hacer» (Juan, XV, 5). Este es el punto de partida: estar convencidos sin dobleces ni reparos de que, sin Cristo, «no llegaremos nunca hasta el Padre» (Juan, capítulo XIV, versículo 6), que, sin Cristo, no tendremos «ejemplo que imitar» (Juan, capítulo XIV, versículo 6), que, sin Cristo, ni siquiera sabremos imitar siquiera su amor» (Juan, XIII, 34), ni «lograremos tener paz» (Juan, XIV, 27; XVI, 33), ni «daremos jamás con la verdad» (Juan, XIV, XVIII, 37).

Y ese convencimiento no viene precisamente por nuestra razón que dice: «sí» a lo que Dios ordena. Nuestra razón no tiene poder ni facultad alguna para decir a Dios «sí» o «no». Pues, por ser nuestra, está sujeta, como nosotros, a Dios. No hay razón humana capaz de resistirse a Dios. Ese convencimiento viene de Dios, directamente de Dios.

Para seguir a Cristo no hay que ser hombres concienzudos y sabios que buscan de probar los milagros y de explicar lo que hay en los cielos, sino hay que ser «como niños», que todo lo creen y todo lo esperan del Padre todopoderoso, Creador de los cielos y la tierra.

Y en esto conoceremos que seguimos a Cristo: en que damos testimonio personal de Él ante el mundo.

Y esto otro nos pondrá en condiciones para hacerlo: que estemos en Cristo y Él en nosotros (Gal., II, 20; Juan, XVII, 23; Filip., I, 20-21).

M. GUTIÉRREZ-MARIN.

**La voluntad de Dios es Su infinito amor en acción.**





# REVELACIÓN

## El camino de la felicidad.

**E**N cada día hay noventa y seis períodos de quince minutos. ¿Emplearías una centésima parte del día todos los días en el estudio atento de la cuestión de tu destino eterno?

La razón por que debes interesarte en la Eternidad es que tienes que vivir para siempre. Un eminente predicador al referirse al texto: «Prepárate para comparecer ante tu Dios», solía decir: «La mejor de las razones para que te prepares para enfrentarte con Dios es que tienes que enfrentarte con Él quieras o no quieras».

Si Dios ha hablado y nos ha dado una revelación definitiva acerca de las cosas que han de venir referentes al cielo y a lo que Él exige para entrar allí, entonces la opinión mía o la tuya o la opinión de cualquier filósofo o teólogo, que no esté de acuerdo con la revelación de Dios, carecerá de todo valor. Discutir la autenticidad de la Biblia no es el propósito de este mensaje. Ciertamente abogado cristiano dijo recientemente que él ha tenido por muchos años el hábito de preguntar a cualquier persona que duda o rechaza las Escrituras y el Cristianismo, si había leído algo contradiciéndolas, y que siempre le respondieron que no. Cuando les pedía que fuesen sinceros y leyesen críticas del Cristianismo, muchas veces tuvo la grata experiencia de ver a tales incrédulos racionalistas dar una voltereta y enfrentarse con sus propios argumentos de incredulidad. (Estas pruebas existen y podemos suministrar libros de ellas a cuantos las soliciten.) Tenemos que aceptar, pues, como verdadero el hecho de que Dios ha hablado, y suplicamos a usted que la lea cortesmente, aunque sólo sea por el hecho de que la Biblia ha desafiado y fascinado a millones de personas en todas las épocas del mundo, y ha sido fuente de paz y consuelo a muchos moribundos. ¿Qué es, pues, lo que dicho Libro dice acerca de los requisitos para entrar en el cielo? Dios ha hablado... Pero, ¿qué exige Él?

«Porque por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe». Efesios, VII, 8 y 9. No voy a estudiar este texto en el orden de sus frases, sino que empezaré por las palabras que saltan a la vista, apelan a la imaginación y embargan la mente. «No por obras». Esta frase corta como cuchillo, porque contradice toda idea humana de salvación. Jamás ha habido sistema de religión inventada por los hombres que no se base en el carácter, el esfuerzo moral, la firmeza de propósito o algo que tiene su origen en el corazón humano y en

la humana voluntad. Dios dice primeramente que todo esto es un error, que la salvación no viene por el carácter, ni por el esfuerzo moral, ni por la filiación con la Iglesia, ni por el bautismo, ni por la Comunión, ni por la asistencia a los cultos, ni por la lectura de la Biblia, ni por la oración, ni por ninguna clase de obras, para que nadie se gloríe».

Cierta vez, avanzada la noche, entré en la residencia de un médico y le hallé sentado a la mesa descifrando un rompecabezas de palabras cruzadas. El médico tenía que hallar, no sólo la palabra correspondiente a la clave al lado de la hoja, sino también evitar el no dejarse desviar por sinónimos. Cualquier palabra mal escogida podía impedir la solución del problema. Yo no pude menos que hacer una analogía espiritual del caso. Millares de personas contemplan el problema de la vida, y al ver la clave debajo de la palabra «salvación» inmediatamente escriben «por hacerse». Laboran sin descanso con algún éxito, pero hay algo errado en el empeño. No hallan nada que ajuste bien y no logran solucionar el problema. Dichoso el día en que ellos reconocen que las palabras de salvación dichas por Dios no son «por hacerse», sino «consumado está». Esto nos lleva a la cruz de Jesucristo y nos dice que la salvación empieza allí, y que Dios no podrá nunca salvar al hombre mientras éste no comience a salvarse en la Cruz.

Alguien dirá: «¿Quién, pues, podrá salvarse?» Éste es un problema, si es que hay problemas para Dios. He ahí el problema (problema desde nuestro punto de vista, si bien la omnisciencia divina desconoce toda dificultad), que confrontó a Dios en la salvación del hombre. Dios tiene tres atributos, a saber: Santidad, Justicia y Amor, y estos atributos entraron en lucha el uno con el otro en seguida que el pecado manchó el género humano. Si Dios hubiese obrado con la raza solamente en su santidad, hubiese tenido que separarnos de Él para siempre, porque la santidad y el pecado no pueden morar juntamente, y siempre somos pecadores y Él santo, no puede haber comunión entre nosotros y Él. Si hubiere obrado con la Humanidad sólo en justicia, hubiésemos sido arrojados al infierno, pues la justicia, para ser verdadera, tiene que castigar. Afortunadamente, Dios halló una manera de sa-

tisfacer su justicia, como lo veremos más adelante. Si Dios hubiese obrado con nosotros en amor solamente, esto hubiese convertido el universo en un caos eterno, pues el santo y justo Dios nos hubiese atraído hacia Él y hubiese, de este modo, violado su santidad y cesado de ser justo. La mente humana es incapaz de sondear la confusión que resulta cuando se piensa en un Dios que sólo con amor trata a la raza.

Tenía que haber algo que permitiera a Dios amar al pecador y odiar su pecado. Muchas personas se olvidan que el odio debe ser atributo de Dios a causa de su santidad. Ellos gritan: «Dios es amor, Dios es amor». «Sí, pero Dios es odio, Dios es odio», respondemos nosotros. Dios es odio del pecado tanto como es amor del pecador. En el primer capítulo de la Epístola a los Hebreos leemos acerca del Señor Jesucristo: «Has amado la justicia y aborrecido la maldad», y ésta es una de las pruebas de su deidad.

El odio perfecto del pecado debe ser atributo de Dios, puesto que Él es santo y justo. Entonces, ¿cómo puede Dios odiar mi pecado y amarme a un tiempo? Hubo que descubrir una manera de separar el pecado del pecador para que Dios pueda odiar el pecado sin lastimar al pecador y amar al pecador sin menospreciar su santidad.

Tú puedes elevarte a las mayores cumbres del pensamiento humano, pero nunca hallarás otra respuesta que la que viene de Dios mismo. Todo otro pensamiento religioso es intentar esconderse de Dios substituyendo el carácter del hombre por la exigencia de santidad igual a la de Dios. En la cruz de Jesucristo está la solución completa del problema. La sangre del Mesías tenía que ser derramada. La encarnación de Dios en Jesucristo no tenía otro significado. La cruz de Cristo, o sea, el remedio perfecto de Dios satisface, no sólo la razón humana, que de otra manera enloquecería pensando en estos problemas, sino que satisface también completamente todo atributo de Dios. En la cruz el amor de Dios encontró el modo de satisfacer para siempre su justicia y santidad.

Considera primeramente la satisfacción de la justicia de Dios: Tres cosas dice la Biblia de la muerte de Jesucristo. Primero, que hombres sin ley le tomaron y mataron clavándole en la cruz. Hechos, II, 23. Ellos fueron los instrumentos humanos llevando a cabo el hecho material y no más responsables que cualesquiera otros miembros de la raza humana cuyo pecado obligó al sacrificio. Pero el Señor Jesucristo dijo: «Nadie me la quita (la vida), mas yo la pongo de mí mismo». San Juan, X, 18. Por esto pudo decir: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen», e indudablemente muchos de los que fueron instrumentos físicos de su muerte han sido perdonados y llegaron a reconocer a este Hombre como su Salvador personal. La muerte de Jesucristo fué, pues, un sacrificio voluntario de su parte. Pero lo más importante de todo en la solución de nuestro problema son las declaraciones contenidas en la Palabra de Dios, que tratan

**Los trabajos que se publican en las páginas *Revelación*, están preparados por la revista REVELATION, que se publica en Filadelfia, Estados Unidos.**



de la causa judicial de la muerte de Jesucristo. En el Nuevo Testamento leemos que Cristo fué «entregado por determinado consejo y providencia de Dios» (Hechos, II, 23), mientras que en el Antiguo Testamento este cuadro profético está dibujado en Isaías, capítulo LIII, versículo 10, donde leemos: «Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento». Como el sacerdote del Antiguo Testamento degollaba el cordero en el altar de los sacrificios, así Dios golpeó a Jesucristo en la cruz, y al hacer esto satisfizo para siempre su justicia.

Ahora considera el problema de su santidad. Cada vez que Jesucristo habló con Dios durante su vida, le dió el nombre de Padre, excepto una sola vez. En la cruz exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Un eminente clérigo de Nueva York hizo pública la siguiente opinión: «En su grande hora de sufrimiento y agonía, Jesús creyó que el Padre le había abandonado. Un final de todas sus esperanzas tan desastroso como éste afectó profundamente su confianza en el Padre. El Padre, por supuesto, nunca abandonó a su único Hijo». Este clérigo no entendía que uno de los propósitos principales de la muerte de Jesucristo en la cruz era el de satisfacer en su persona sacrificada la santidad de Dios. En el libro de Habacuc capítulo I, versículo 13, lemos: «Muy limpio eres de ojos, para ver el mal», y cuando el Señor Jesucristo se hizo pecado por nosotros, el Dios de la santidad tenía por fuerza que abandonarle. De esta manera su santidad quedó satisfecha.

Pero alguien dirá: ¿Si Dios es eterno, su justicia y santidad deben ser eternas también? ¿Cómo pueden estos golpes y este abandono momentáneo de Jesucristo satisfacer la justicia y santidad de Dios? Imposible sería si Jesucristo no fuera el mismo Dios manifestado en carne... El Eterno mismo en Persona. Cuando yo era muchacho y me familiarizaba con el álgebra, mis superiores me enseñaron esa pequeña figura en forma de un ocho acostado que en el álgebra representa el infinito. Recuerdo bien lo mucho que estimulaba mi curiosidad. Tomé la mayor hoja de papel posible y después de extenderla a todo su largo escribí de derecha a izquierda una columna de números que ascendía a los billones y decillones. Luego, con un solo movimiento del lápiz, hice esa pequeña figura que en álgebra representa el infinito, y comprendí que había escrito una cifra mayor que todas las cifras que todos los hombres pueden hacer en un pliego de papel extendido de un cielo a otro cielo.

Un hombre puede morir por otro hombre, pero jamás podrá morir por dos hombres. Jesucristo, siendo Dios mismo, pudo recibir sobre sí un golpe infinito de justicia en una hora de agonía, pudo borrar un abismo de separación para un sinnúmero de personas cuando los cielos se obscurecieron y el Dios Padre abandonó momentáneamente a aquél que tan altruísticamente cargó con los pecados del mundo.

Lo que resta es bien sencillo: Cuando he-

mos visto satisfechos sus otros atributos, no necesitamos explicarnos el amor de Dios, pues al cumplirse para siempre los requisitos de la divina santidad y callarse eficaz y eternamente la ira de Dios contra el pecado, el amor de Dios puede entonces fluir libremente al corazón del pecador convertido a Dios por Jesucristo Nuestro Señor. Así que la promesa hecha por Dios de: «Cuanto quieran salvarse, pueden», se hace una posibilidad y la responsabilidad recae eternamente sobre lo que el pecador elija hacer, puesto que Dios ha provisto el plan perfecto de salvación, por el cual el pecador puede reconciliarse con Él.

Un ejemplo puedo citar que ilustra bien lo que hubo que hacer para redimir al pecador. La historia siguiente nos da la enseñanza: Poco tiempo después de firmado el armisticio, un destacamento de soldados americanos en cierta aldea situada a cincuenta kilómetros de París custodiaba un depósito de pertrechos de guerra. Su única labor consistía en hacer guardia, y cuando eran relevados, los soldados pasaban el tiempo como mejor les parecía. Se omitió toda disciplina y cuantos quisieron obtuvieron permiso para recorrer Francia. El teniente fué a pasearse a la Riviera, dejando por unos días al sargento mayor encargado de la guarnición. Llegó una orden del general Pershing proponiendo la selección de 3.700 soldados para marchar uniformados en las paradas pacíficas de Londres, París, Bruselas y Roma. Se indicaban dos requisitos como absolutamente necesarios: cada hombre debía ostentar una hoja de servicios inmaculada y medir un metro ochenta y seis centímetros de altura. El viaje a estas grandes capitales era cosa muy deseable, pero el sargento, al leer la orden, tuvo que dirigirse perplejo a uno de sus compañeros más cercanos y preguntarle: «¿Cuánto es un metro ochenta y seis centímetros?» «Yo no sé», respondió el soldado, quien también había leído la orden militar, «pero, de todos modos, yo soy más alto que usted». A la hora del rancho se propagó la noticia, y los soldados empezaron a medirse unos con otros hasta que cada cual sabía su propia estatura comparativa desde el más pequeño hasta el más alto de ellos. Este último estaba orgulloso de su estatura, y dijo a sus compañeros que les enviaría postales desde Roma y gustoso llevaría recuerdos de ellos al mismo rey de Inglaterra. Su comportamiento indicaba que se sentía seguro de ser seleccionado para el viaje. ¿No era él acaso el más alto del destacamento? Pocos días después regresó el teniente, y al enterarse de la orden militar recibida, preguntó al sargento si había candidatos. El sargento respondió que todos sus hombres eran candidatos, pero el teniente deseaba saber cuántos de ellos llenaban los requisitos. La dificultad estribaba en que no entendían la medida estipulada. El teniente pronto suplió la deficiencia, y en la pared del despacho se trazó una línea a un metro ochenta y seis centímetros de alto. El sargento se acercó a ella de espaldas, con la mano puesta sobre la cabeza, tocó la pared

y se retiró y vió que a la marca que había hecho con el dedo le faltaban tres pulgadas. Otros se midieron también y hubo necesidad de enviar por el más alto de la guarnición. Cuando éste llegó, fué medido por la medida estipulada; se halló que le faltaba media pulgada, y ni él ni el más pequeño de todos pudieron formar en la parada pacífica. El general Pershing no pedía aproximaciones a la medida estipulada, sino un cumplimiento exacto de los requisitos. La analogía es bien sencilla: Dios no puede reducir sus medidas de perfección. No puede exigir un tipo de compañerismo con Él inferior a su propia santidad y justicia. Seamos francos. Para asociarnos con Dios por una eternidad y para habitar en la gloria, tenemos que poseer una santidad igual a la de Dios y una rectitud igual a la de Jesucristo. Muchos lectores dirán: «Pero esto es imposible, pues somos pecadores, miembros de la raza humana, y no somos perfectos. Siendo esto así, ¿podremos alcanzar la perfección de Dios?» La respuesta viene en seguida: No la podremos alcanzar nunca, y a menos que la obtengamos gratuitamente estaremos siempre perdidos, pues la naturaleza de nuestro problema es la de que somos pecadores, y Dios es santo y no puede reducir sus medidas de perfección. Debo decir aquí que muchas personas temen llevar el nombre y título de pecadores, porque piensan que al declararse como tales, las gentes creerán que esto es una confesión velada de algún vicio o crimen digno de castigo en el presidio. Esto no debe ser así. Llamarse uno a sí mismo un pobre pecador puede ser el grito de dolor del hombre o la mujer más nobles y honrados que jamás han pisado la tierra. Somos pecadores y estamos perdidos cuando no alcanzamos a la estatura de la medida de la gloria de Dios. Por esto hallamos en el tercer capítulo de la epístola a los Romanos, en el versículo 23: «Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios». Y también hallamos allí: «No hay justo, ni aun uno».

¿Cómo puede, pues, el hombre justificarse para con Dios? Si un Dios santo y justo requiere una perfección igual a la de Él, ¿quién podrá salvarse? Ésta fué la pregunta que le hicieron sus discípulos, y el Señor Jesucristo les respondió: «Para el hombre esto es imposible, pero para Dios todas las cosas son posibles». Si tú quieres ahora mismo, en tu corazón, decir a Dios: «¡Oh, Dios perfecto, yo me he hecho indigno de ser medido por la medida de tu santidad, y por lo mismo soy un pecador perdido!», entonces estarás en condiciones de que Dios se mueva hacia tí y te ayude a plantar una nueva vida a su imagen y semejanza.

El mensaje evangélico, o sea, la buena nueva de Jesucristo, es bien sencillo: Dios dice: «Haré en vosotros una cosa sobrenatural y maravillosa si vosotros hacéis dos cosas. Primeramente, debéis admitir y aceptar mi fallo respecto de vuestro propio corazón: que sois pecadores, que habéis caído de lo alto de mi perfección y que jamás alcanzaréis la medida fijada por Mí, que no puede ser reducida. Debéis reconocer fal-



establecida para toda la Iglesia, dependiente del obispo de Roma o sometida a él, y al mismo tiempo—aquí asoma la indiscutible sagacidad de la curia romana—uno de los instrumentos que han de afirmar y consolidar esta supremacía del obispo de Roma sobre sus «venerandos hermanos en Cristo». El inquisidor de la herética pravedad presidía a los notarios y consultores; de él dependían los familiares y alcaides y otro personal subalterno. Los inquisidores eran escogidos y nombrados por el papa. En este cargo, poco envidiable para un alma cristiana, aparecen prestando sus servicios varias órdenes monásticas, pero sobre todo los franceses y dominicos. Estos frailes, como ya de suyo estaban exentos de la jurisdicción episcopal, parecían ser los hombres más a propósito para tal clase de tribunales. Los inquisidores tenían el derecho de imponer toda suerte de censuras eclesiásticas, hasta la excomunión y el entredicho; podían suspender de la predicación a los clérigos que les parecieran sospechosos y condenar a los culpables a varias clases de penas. El Poder secular no tenía derecho alguno de intervenir en sus procesos, pero sí la obligación de favorecerlos, de apoyarlos en general y de ejecutar sus fallos.

Hasta consentir esto han podido llegar obispos, que decían ser cristianos y príncipes que pretendían ser caballeros. ¿No bastan estos datos para demostrar la degradación moral y religiosa a que habían llegado esos siglos?

Hay quien dice que la Inquisición papal no condenaba a nadie a muerte, sino sólo a relajación al brazo secular. «La Iglesia—dicen—no tiene sed de sangre». Ésta es una salida muy característica del modo de hablar jesuítico y una prueba patente del concepto que esos señores tiene de la veracidad. La realidad ha sido que la Inquisición relajaba al brazo secular, y que éste, lo mismo que todo el mundo, interpretaba la relajación como condena a muerte y la ejecutaba. ¡Ay de aquellas autoridades civiles que no lo hubieran hecho así! En el caso del doctor

Arquer (7) por ejemplo, el escribano seglar se opone a que fuera quemado vivo, y quería ahogarlo antes, pero «porfiaban entre quemarle vivo, y sobre esto hubo allí en el braserío una escarpela».

Los pueblos no estuvieron muy conformes con la introducción de la Inquisición papal. Hubo numerosos motines y asesinatos de inquisidores en diferentes tiempos y países, como el de Conrado de Marburgo en 1133, y el de Pedro de Castelnau en la Provenza en 1208. En ambos casos fueron individuos de la nobleza los que echaron mano del acero. Pero tampoco los gobiernos se conformaban siempre tan tranquilamente con ser meros ejecutores de las sentencias de la Inquisición. En Venecia, por ejemplo, el Estado no se opuso a ejecutar los fallos del Tribunal eclesiástico, pero nombró tres asistentes y se reservó el derecho de examinar y de fallar en definitiva todas aquellas causas en que se pretendía imponer la pena de muerte. En Francia, Raimundo de Tolosa, trató de defender a sus súbditos con las armas en la mano; en Inglaterra, la Corte y el Parlamento protegieron la vida de Wiclif. aun después de haberse condenado diez proposiciones de su doctrina por el sínodo de Londres, y sólo en 1415 el Concilio de Constanza ordenó que fueran desenterrados sus restos, sentencia que, sin embargo, no se cumplió, hasta que en 1427, Martín V se impuso.

(Continuará.)

(7) Página 20 de esta revista SEMINARIO, núm. 3. Abril, 1934.

## Seminario

**Para todos los asuntos editoriales hay que dirigirse a**  
**D. JORGE FLIEDNER,**  
**Galileo, 10. - Madrid.**

**Para todos los asuntos administrativos hay que dirigirse a**  
**D. FERNANDO CABRERA,**  
**Beneficencia, 18. - Madrid.**

**Ejemplar suelto: 25 céntimos.**

# Seminario

Suplemento a «España Evangélica» editado por el Seminario Evangélico Unido

Año I. - Núm. 4.

Madrid, Julio de 1934.

25 cénts.

## EL CONCEPTO CRISTIANO DE DIOS

por ELÍAS ARAUJO

**P**ARA apreciar el valor de una cosa es preciso compararla con otra de la misma especie, y entonces la relación que se establece determina el valor de ambas. Por esto me parece conveniente para comprender algo del valor del concepto cristiano de Dios, establecer un parangón entre este concepto y otros que se tienen del Ser Supremo.

Y no hace falta, ciertamente, mencionar los conceptos falsos y degradantes que de la Divinidad nos ofrecen las religiones paganas en las cuales el hombre deificaba sus pasiones. Es mejor poner en contraste con el concepto cristiano de Dios otros conceptos también justos, verdaderos y nobles que de la Divinidad se han tenido antes de que Cristo diera al mundo su revelación final sobre el carácter del Ser Supremo, y ver así la superioridad de esa revelación sobre todos los demás conceptos de la Divinidad.

Recordemos, pues, las ideas características del judaísmo contemporáneo a nuestro Señor Jesucristo. Se ha comparado muchas veces la revelación a «la luz de la aurora que va en aumento hasta que el día es perfecto». Así que tomamos ahora aquellos conceptos de Dios que por estar más próximos a la revelación final son también los más dignos de ser comparados con el concepto cristiano de Dios. De todos es sabido que una característica principal del judaísmo es el monoteísmo. Era la esencia de la fe judaica que Dios es Uno. Los judíos repetían solemnemente cada día las palabras de

Deuteronomio, VI, 4: «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es».

Se ponía énfasis sobre la palabra «uno» para marcar el contraste con los dioses de los paganos. Sabemos que nuestro Señor Jesucristo citó ese mismo texto contestando a un escriba (Marcos, XII, 29). Y, sin embargo, este gran texto expresaba en la boca de un judío una idea rígida, abstracta de unidad. Los judíos apelaron a él en una época posterior, contra la doctrina cristiana de la Trinidad. Aquí podemos ver ya una superioridad del concepto cristiano de Dios sobre el concepto judío. Porque la doctrina de la Trinidad, al mismo tiempo que sostiene la unidad de Dios, nos suministra un concepto del Ser Supremo que responde a nuestros problemas especulativos y satisface nuestras necesidades religiosas. En primer lugar, nos ayuda a concebir la personalidad de Dios. En nuestro propio caso, la conciencia de personalidad surge y se sostiene por el sentido de contraste entre el yo y el no yo en que dividimos el Universo. Nos distinguimos a nosotros mismos del mundo que nos rodea. Así llegamos a tener conciencia de nuestra personalidad y a definir sus límites. Podemos ver en las distinciones dentro de la divinidad—Padre, Hijo y Espíritu Santo—aquello que hace posible la propia conciencia divina. Cabe argüir, sin embargo, que Dios podría lograr la conciencia de su propia personalidad por la existencia del Universo y en contraste con ella.



Pero contra esto hay dos objeciones. En primer lugar, contradiría lo absoluto del ser de Dios, puesto que dependería para la realización de su personalidad sobre algo externo a sí mismo. Y, por otra parte, el Universo material no sería adecuado para ese propósito. Nosotros llegamos a un sentido adecuado de nuestra propia personalidad sólo en la sociedad de nuestros semejantes. Sólo hasta cierto punto podemos tener conciencia de nuestra propia personalidad en contraste con la naturaleza animada e inanimada; pero los más profundos elementos de nuestra personalidad sólo pueden hallar su satisfacción en relación con aquellos que están constituidos como nosotros mismos. Y, análogamente, el Universo material no podría nunca bastar para las necesidades del Creador. Pero tampoco podemos hacer a Dios dependiente para su propia realización sobre personalidades que están fuera de Él. Esto significaría que Dios no podría ser completamente Dios hasta que Él hubiese creado espíritus para la comunión con Él mismo, y así de nuevo resultaría contradicción la naturaleza absoluta de su ser, pues haríamos depender al Ser infinito sobre seres finitos para su perfección. Así la doctrina de la Trinidad explica la personalidad de Dios.

Sabemos también que para la existencia de una vida moral la sociedad es necesaria. En este punto nos ayuda asimismo la doctrina de la Trinidad porque nos hace patente la esencial moralidad de Dios. En esa divina sociedad de la Trinidad en la unidad han existido eternamente relaciones morales. Y, preeminentemente, esto es verdad del amor. No pensamos meramente del amor como de un atributo moral de Dios; es la misma esencia de su ser moral. Y la doctrina de la Trinidad nos asegura de que el amor no ha sido meramente una potencialidad latente en Dios, que ha sido llamada a actividad cuando Él creó nuevos espíritus, como si necesitase escapar de la soledad, sino que en el círculo de su propio ser han existido siempre el amante y el amado. Así Él no necesi-

tó salir de sí mismo para encontrar la perfección de su ser moral, como tampoco necesitó hacerlo para hallar la perfección de su ser metafísico. Él es el Dios que se basta a sí mismo. Desde toda eternidad Él es la perfecta sociedad, no necesitando nada para su beatitud o felicidad fuera de sí mismo. Y así Dios no necesitó el mundo de los espíritus creados para satisfacer su vida.

No fué, pues, la compulsión de una necesidad interior o la sed de su propio contentamiento lo que le impelió a la obra de la creación. Cuando Dios trajo a la existencia el Universo, no hubo nada de egoísmo en su acto, sino sólo el impulso de un amor sin límites le indujo a crear una multitud innumerable de espíritus como objetos de su beneficencia. Así la doctrina de la Trinidad responde a la demanda de que el absoluto debe ser el hogar de relaciones morales y espirituales. La doctrina de la Trinidad es específicamente cristiana y no judía.

No solamente no existe en el Antiguo Testamento la doctrina de la Trinidad, sino que realmente faltan los elementos para formularla y aun para vislumbrarla.

La idea de que el misterio está velado en el uso de la palabra plural para Dios (Elohim) con el verbo en singular o en el Santo, Santo, Santo del cántico de los serafines en la visión de Isaías, puede ser desechada. La revelación de ese misterio en los tiempos del Antiguo Testamento hubiera sido prematura y, por lo mismo, contraproducente. Alguien podrá decir que tampoco en el Nuevo Testamento se encuentra una explícita formulación de la doctrina, y es verdad. Pero sí podemos afirmar que en el Nuevo Testamento están los elementos suficientes para formularla y la Iglesia cristiana cumplió con su deber al presentar las conclusiones lógicas de las afirmaciones que hizo Jesús referentes a sí mismo y a la personalidad del Espíritu Santo.

La doctrina de la Trinidad, al mismo tiempo que sostiene la unidad de Dios, expresa la riqueza y plenitud de la vida de Dios y su suficiencia por sí mismo. Y el con-

para el sistema papal la supremacía en todos los órdenes de la vida, a la heterodoxia, el separarse de la doctrina oficialmente reconocida e impuesta, se la llega a considerar como una rebelión contra Dios, como un crimen de lesa majestad divina y se le aplican las sanciones del Derecho romano, referentes a los crímenes de lesa majestad, en último término, la pena de muerte. En el siglo XI protestó contra ello el obispo Wazo de Lieja, en el siguiente varios más como Ruperto de Deutz, la santa Hildegarda, San Bernardo de Claraval, pero como dice Kurtz (5): «Era más fácil encontrar verdugos que santos misioneros». El mismo Domingo de Guzmán, que con tanto fervor y abnegación se dedicara a discutir con los herejes provenzales, se cansó de predicar con poco fruto a gente que se sabía las Sagradas Escrituras mejor que él, y Tomás de Aquino (6) exponía que la palabra del apóstol: «A un hombre hereje evita después de amonestado una y otra vez», hallaba su cumplimiento más adecuado y definitivo justificándole, y que en los relapsos ni hacía falta nueva amonestación ni enseñanza de ninguna clase; lo mejor era quemarlos. Es lógico; si de todos modos habían de arder en el infierno, qué más daba quemarlos un poco antes, evitando así el peligro del contagio, ya que no se creía tener fuerza espiritual suficiente para vencerlos, o por lo menos neutralizarlos por medio de la palabra en enseñanza y discusión.

Pero precisamente en esta época, los siglos XII y XIII, cuando la Iglesia oficial más se va alejando de lo que debía ser, se manifestaron también en mayor número y con más vigor, disidentes de todas clases, sobre todo en el Sur de Francia, en la Lombardía, y en el Noroeste de España; unos claramente anticristianos, de tendencias gnósticas y maniqueas; otros abogando por la

pureza primitiva, los cátaros y valdenses.

Al darse cuenta Inocencio III de la importancia que habían adquirido y de la influencia que ejercían, y al ver que los trabajos de los Cistercienses, que él había movilizado, no daban el fruto apetecido, le pareció que se necesitaban armas más eficaces que la predicación evangélica y que la inquisición episcopal. Por tanto, proclamó la guerra santa, lo que los mahometanos llaman Dihad, y organizó, en el nombre de Cristo, una cruzada contra los que sólo pretendían seguir humildemente a Cristo, aunque sin someter sus conciencias a los dictados de Roma. ¿Habrá influido en la mentalidad de este papa la presencia de sarracenos en el Sur de Italia, además del ejemplo de las cruzadas dirigidas contra los musulmanes?

No es éste el lugar a propósito para referir detalladamente lo que hicieron aquellos bandoleros, que se las daban de caballeros de la cruz; bastará un botón de muestra: al asaltar a Beziers, el legado del papa, Arnaldo, abad de Citeaux, les dijo a las hordas enfurecidas de los cruzados, alguno de los cuales habían manifestado escrúpulos, por si mataban a algunos católicos no herejes: «Matadlos a todos, el Señor ya sabrá quiénes son suyos y los protegerá». Las matanzas, sin embargo, no pudieron dar fin de las doctrinas. A Gregorio IX le parecía que la inquisición episcopal procedía con excesiva lenidad, o mostraba poco interés en la defensa de la fe; por tanto, él, lo mismo que Inocencio III que le sucedió en el solio pontificio, se dedicaron a organizar la Inquisición papal, a la que dieron el nombre de Santo Oficio. La santidad de este Tribunal —porque de jueces se trata ahora y no de pastores que busquen la oveja perdida— consistía en que había de velar por la pureza de la doctrina, la ortodoxia en el seno de la Iglesia, pero también en que estos jueces habían de ser independientes de los poderes seculares e inviolables. Los funcionarios del Santo Oficio dependen directamente del papa, y están exentos de la jurisdicción de los obispos. Es una organización

(5) Kurtz: *Lehrbuch der Kirchengeschichte*, año 1890, I, 2., pág. 271.

(6) *Summa*, II, 2, 9, 11, art. III, IV. Citado según Benrath.



bio fueron desaprobadas y aun combatidas por cristianos conscientes, como Martín de Tours y Ambrosio de Milán.

En España el Concilio de Tarragona del año 516, en su canon 8, ordena a los obispos que procedan contra las herejías, por medio de visitas pastorales. En Francia, el de Epaona de 517, en su canon 29, abreva la penitencia impuesta a los que después del bautismo hayan caído en herejía, reduciéndola a dos años, durante los cuales deben ayunar cada tres días, frecuentar la Iglesia, ocupar allí el lugar destinado a los penitentes y salir del culto cuando lo hagan los catecúmenos. Aun entonces, como se ve, la excomunión era exclusión de la asistencia al sacramento, pero no significaba expulsión de la Iglesia. De manera que en el siglo vi, en Francia y en España, todavía se combate la herejía en la Iglesia por medio de la enseñanza, la persuasión y penas puramente eclesiásticas, pero no con la violencia, ni con los medios coercitivos del Estado. Sin duda, habrá contribuido a tal estado de cosas en cierto modo la convivencia de los godos arrianos que, aunque dominaban, eran una minoría, con los latinos católicos, que constituían la gran mayoría de la población. Si Teodosio en Italia, con motivo del cisma de Símaco, o de la confirmación de los obispos de Roma, y Leovigildo en España intervinieron en cuestiones relacionadas con la Iglesia, lo hicieron como reyes, sucesores de los emperadores romanos, y ejerciendo su poder así como de aquéllos lo habían aprendido.

Pero desde el año de 589 en la Península ibérica el poder real se pone de modo cada vez más decidido al lado de la Iglesia, cuando no es casi dominado por los prelados; en Italia reinaban los monarcas bizantinos, que continuamente y con mano fuerte intervenían en los asuntos de la Iglesia, cuando los obispos de Roma se lo consentían, y a su vez los francos, católicos desde la conversión de Clodoveo, fundan un reino que, bajo monarcas vigorosos, como Pipino y Carlomagno, se decidió a meter

orden en la Iglesia, bastante malparada en aquellos tiempos, por haber muchos obispos olvidado su obligación pastoral. No es extraño que estos monarcas creyeran que los resortes poderosos del Estado serían también capaces de regenerar la Iglesia; pues muchos siglos más tarde, en la época de la Reforma, y aun en nuestros días, vemos a eminentes hombres de Estado caer en el mismo error. El Estado, al fin y al cabo, es y será un «Reino de este mundo», y el hombre natural no entiende las cosas espirituales. Carlomagno, en sus capitulares, estableció, en el año de 769, que: «Los obispos deben investigar si hay observancias, ritos y usos paganos y prohibirlos». El mismo emperador instituyó que funcionarios eclesiásticos acompañaran a los condes encargados de administrar justicia, y que los adultos, hombres y mujeres, que no supieran el Padrenuestro ni el Credo fueran obligados a aprenderlo con ayunos y azotes. Según el capitular de 813, los obispos «deben mostrar celo en inquirir las cosas malas, contrarias a la voluntad de Dios, y que los cristianos deben evitar». Aquí tenemos el principio de la Inquisición episcopal, porque ya no se trata de la cura de almas al estilo antiguo, sino de investigar y de inquirir, viéndose el obispo asistido por el apoyo de los órganos del Estado, es decir, del Derecho Imperial. Los obispos, muchos de los cuales tenían más de príncipes que de apóstoles, siguieron durante cuatro siglos investidos de este privilegio lamentable; aun hoy conservan recuerdos y restos de ello. Todavía en 1184, en el Concilio de Verona, donde el emperador Federico Barbarroja y el obispo de Roma Lucio III llegaron a cierto acuerdo, se considera al obispo como guardián obligado de la pureza de la fe y de las costumbres, y también se establece que, en tales menesteres, el brazo secular está obligado a prestar su apoyo al eclesiástico.

Al desarrollarse durante los siglos xi y xii en la Iglesia el ideal cluniacense, y al avanzar éste paso a paso, pero de manera constante y consecutiva, consiguiendo por fin

cepto monoteísta judío, aunque verdadero, era incompleto y, por consiguiente, no podía expresar la verdadera riqueza y plenitud de la deidad.

Otra tendencia del judaísmo contemporáneo a nuestro Señor Jesucristo era considerar a Dios como un ser exclusivamente transcendente, ignorando que también posee la cualidad de la immanencia. Había una tendencia muy marcada y extendida a agrandar la distancia entre Dios y el mundo (una tendencia que hoy reproduce la teología de Barth). La filosofía se esforzaba por una concepción del Ser Supremo que transcendiera las condiciones de la existencia finita. Una prueba de esta tendencia la tenemos en el tratamiento de los nombres divinos. El gran nombre del pacto «Jehová» o «Yahweh», fué considerado demasiado sagrado para pronunciarlo en voz alta, excepto en el templo. Además de la común substitución de Adonai o Elohim en la lectura, se usaban cierto número de paráfrasis, todas sugeridas por el instinto de reverencia: «Cielos», «Lugar», «El Nombre», «El Santo», etc. En griego, el substituto usual fué *Κύριος*. (Este encerraba, por supuesto, toda la connotación de «Jehová»; pero directamente dió prominencia a la idea de soberanía.) El título más común en la literatura de este período es el «Altísimo» (*ὁ ὑψίστος*). Y podemos considerar esto como la más directa expresión de la idea que llamamos «transcendencia». Desde el tiempo de Isaías en adelante, ésta fué la tendencia del pensamiento judío: considerar a Dios como muy alejado de contacto con las cosas de la tierra y de la inmediata comunicación con los hombres. Pero el Dios cristiano, sin dejar de ser transcendente, es también immanente. No está alejado de sus criaturas, sino que vela directamente sobre ellas. Recordemos las palabras de Jesús: «No os congojéis por vuestra vida, que habéis de comer, o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, que habéis de vestir... Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan... y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho

más que ellas?» Y en San Lucas, capítulo XII, leemos: «¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Con todo, ni uno de ellos está olvidado delante de Dios. Mas aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados». He aquí la revelación que Cristo nos hace del carácter de Dios. Él nos lo presenta presidiendo todos los acontecimientos del Universo, aun los que nos puedan parecer más nimios. Un Dios meramente transcendente nos podría inspirar admiración, pero el Dios que Jesús nos revela tiene derecho a nuestra más profunda devoción y a nuestro más grande amor.

Otra tendencia funesta del judaísmo contemporáneo a Jesús, fué presentar al Ser Supremo actuando bajo ciertas limitaciones. Evidentemente esta tendencia era contradictoria de la anterior; pero también perjudicial. Los judíos ligaban tan estrechamente al Ser Supremo con su pueblo, que prácticamente no lo consideraban el Dios de toda la tierra.

El monoteísmo judío era un monoteísmo nacional. El Dios único era el Dios de los judíos. Nosotros que gozamos de la luz del Evangelio no podemos pensar de Dios en un sentido nacional. Podemos pensar en una Iglesia nacional; pero no en un monoteísmo nacional. Parece, y lo es, una contradicción en los términos. Sin embargo, para los judíos, la contradicción pasaba inavertida. El Cristianismo trajo al mundo la universalización del concepto de Dios en la teoría y en la práctica. «También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también me conviene traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño y un pastor» (Juan, X, 16). Pueden verse también las afirmaciones universalistas de Pablo en Romanos, III, 29 y en Colosenses, III, 11.

Por último, en el concepto cristiano de Dios se nos presenta al Ser Supremo muy principalmente bajo el aspecto de padre. Es Jesús quien nos ha enseñado a decir: «Padre nuestro, que estás en los cielos».

Es verdad que el concepto de Dios como Padre se halla en el Antiguo Testamento.



No sólo se compara la relación de Dios hacia Israel como pueblo y hacia el israelita como individuo a la de un padre, sino que también Dios es representado como el Padre de Israel y de los israelitas. Véanse las siguientes referencias: Deut., I, 31; VIII, 5; Salmo, CIII, 13; Deut., XXXII, 6; Jeremías, III, 4 y 19; Isa., LXIII, 16; Ex., IV, 22 y Oseas, XI, 1.

No hay, por consiguiente, en el concepto de la paternidad de Dios falta de puntos de contacto entre la enseñanza del Antiguo Testamento y la del Nuevo. Y, sin embargo, la doctrina en el Nuevo Testamento asume tan diferentes proporciones que adquiere el valor de una nueva revelación. Lejos de entrar en la conciencia popular de Israel la idea de la Divina Paternidad, se la considera como un privilegio más en el número de los privilegiados. Un nuevo impulso se necesitaba para que la idea de la paternidad de Dios retuviese sus más altas cualidades de calor e in-

timidad y fuese al mismo tiempo, no el privilegio de una raza escogida, sino que entrase en la conciencia de la Humanidad. Nadie duda de que el Cristianismo ha triunfado en esto. Desde el principio del Nuevo Testamento, hasta el fin, la lección de la Paternidad de Dios, se presenta tan amplia y reiteradamente que se identifica con la misma esencia del Cristianismo en un sentido que no se aplica a ninguna otra religión.

Ningún otro nombre estaba más constantemente en los labios de Cristo refiriéndose a Dios que el de Padre; y ningún otro nombre influyó tanto en todo el concepto de Dios, pues no sólo fué para Cristo la palabra predilecta, sino que la legó a sus discípulos. La Paternidad de Dios no es, pues, un atributo entre muchos, sino que es el atributo por el cual conocemos más íntima y profundamente el carácter de nuestro Creador. Por esto, la revelación que tenemos de Dios en Cristo es final y nunca ya podrá ser superada.

## LOS ORIGENES DE LA INQUISICIÓN (1)

por JORGE FLIEDNER

El inquisidor Luis de Páramo, en su libro: «De Origine et Progressu Officii Sanctae Inquisitionis», que se publicó en Madrid, en 1598 (2), dice tranquilamente que «Dios, el primer y mayor maestro de todos los inquisidores de la herejética pravedad» se dedicó a castigar a los primeros herejes, Adán y Eva, inmediatamente después de su caída en el Paraíso. Nosotros, que no podemos creer en el origen divino de esa institución, hemos tenido que em-

plear algo más tiempo en buscar sus principios, y ofrecemos a nuestros lectores este modesto trabajo, con motivo del Centenario de la Abolición del Santo Oficio en España.

\*\*\*

Es evidente que al tratarse de herejías, la Inquisición debe estar relacionada de algún modo con la disciplina eclesiástica.

Ninguna institución humana puede subsistir sin orden ni sujeción a ciertas reglas, y así también la Iglesia cristiana, en cuanto tiene carácter terrenal, debe observar una disciplina determinada. Cuando ésta se relajó, o se sostiene por medios que no sean adecuados a su modo de ser, la Iglesia pierde vigor, en ocasiones aun llega a desaparecer. La Historia nos dice, en efecto, que numerosas congregaciones han desaparecido por esta causa, mientras que otras han man-

tenido una apariencia de vida, pero sin la virtud de propagarse, ni de influir en la vida de la Humanidad como sal y luz.

En la Iglesia Cristiana Antigua se mantenía una disciplina estricta, hasta el extremo de que en algunos detalles nos parezca excesivamente rigurosa. El cristiano que cometía determinadas faltas o pecados, dando con ello motivo de escándalo a la Iglesia, era amonestado, y si quería permanecer dentro del seno de la misma, debía someterse a la penitencia pública, que se le impusiera y que, desde luego, consistía en confesar abiertamente su falta (lo que a veces hacían aun con lágrimas), pero también—en ocasiones—en ayunos extraordinarios, en vestir cilicio, como señal externa de su arrepentimiento, en asistir al culto de la congregación ocupando los últimos puestos, cerca de la salida, y en privación de la asistencia a la Santa Cena, por un período más o menos largo. El que no quería someterse a esta penitencia pública, desde luego se excluía a sí mismo de la Iglesia Cristiana.

Al relajarse entre los cristianos la religiosidad y, por tanto, también la disciplina, esta manifestación del arrepentimiento, pública y voluntaria, en el seno de la Iglesia, fué cayendo en desuso, por razones fáciles de comprender. En el siglo IV vemos que en el Oriente la penitencia pública primero se substituye por la privada, para la cual había presbíteros especialmente encargados de la misma. Pero ello dió lugar a inconvenientes, de manera que en el año 391 el patriarca Nectario suprimió esta institución, dejando a la conciencia de los pecadores, si querían seguir participando del Sacramento o no. En el Occidente, la penitencia pública se mantuvo aún durante algún tiempo. Vémos señales de ello en el III Concilio Tolentino de 589 (3), canon 11, y en el cuarto de 633, cánones 3 y 36 (4). Aun en el si-

glo IX hallamos en la Iglesia alguna que otra tentativa por restablecer la penitencia pública, pero en términos generales se puede decir que ha desaparecido, siendo substituida por la privada, de la que, tras varias vicisitudes, se fué desarrollando lo que en la actualidad conocemos con el nombre de Confesión auricular, pero que en realidad es una cosa diferente de la penitencia antigua.

En cuanto a las herejías, como el Montanismo, el Novacianismo, el Arrianismo y otras, en la Iglesia Primitiva se las combatía con armas espirituales, pues aun la excomunión, la más grave de las penas, no significaba exclusión de la Iglesia en absoluto, sino privación de la asistencia al sacramento de la eucaristía, y desde luego no traía aparejados en aquellos tiempos perjuicios materiales ni civiles. A mediados del siglo IV el historiador eclesiástico Sócrates, consideraba las persecuciones por causa de herejía como algo completamente ajeno al espíritu que debía animar la Iglesia Cristiana. Atanasio, con todo su celo por la pureza de la doctrina dentro de la Iglesia, no quiso que se emplearan medios ni medidas seculares para mantenerla.

Es verdad que Teodosio, emperador cristiano, por cierto español, pues era natural de Coca (hoy en la provincia de Segovia), amenazó a los gnósticos y a los maniqueos con destierro y pena de muerte, y en 385 el usurpador Máximo, también español, mandó ejecutar a su compatriota Prisciliano, juntamente con varios de sus compañeros. Pero esto, lo mismo que los destierros de donatistas, arrianos y católicos en el siglo IV por Constantino y sus sucesores, y más tarde por los reyes vándalos o godos, o por los emperadores de Bizancio, eran intervenciones del Estado en las cosas de la Iglesia, basadas en el *ius circa sacra*, derivado de la legislación pagana, y algunas veces justificadas por desórdenes públicos, motines y conspiraciones, cuyas intervenciones, si a algunos obispos, como, verbigracia: a León Magno de Roma, les parecían bien, en cam-

(1) Véanse: Menéndez y Pelayo: *Historia de los Heterodoxos*, segunda edición. Madrid, 1918. Tomos II y III.—E. Schäfer: *Beiträge zur Geschichte des spanischen Protestantismus*. Gütersloh, 1902. Tomo I.—*Raeleneyclopädie für protestantische Theologie und Kirche*. Leipzig, 1901. Artículo «Inquisition», de Benrath, que me ha servido de pauta. Tomo IX, págs. 153 s. s.

(2) Lib. I. Titulus II, cap. I, págs. 27.

(3) *España Sagrada*, tomo VI, págs. 143, edición de 1859, pero también ya (canon 16) los jueces han de proceder contra la idolatría.

(4) *España Sagrada*, tomo VI, págs. 163, edición de 1859.



tos de perfección y merecedores del infierno. Hasta que voluntariamente ocupéis vuestro sitio de ovejas descarriadas, nunca estaréis en condiciones de que Yo haga el milagro de daros gracia». Comparado con otras personas y según los imperfectos moldes humanos, tú puedes medir muy alto o muy bajo. Probablemente eres un sujeto de excelentes cualidades, mas esas mismas cualidades pueden ser un obstáculo para tu propia salvación.

No hay esperanza ni en éste ni en el otro mundo para el hombre o la mujer que no admite este fallo de Dios acerca del estado pecaminoso del corazón humano. Hay que reconocer que, no obstante ser tú una persona de excelentes cualidades, comparado con otras personas, al medirte por la medida de Dios, eres un pecador y estás perdido. En segundo lugar, debemos aceptar el veredicto de Dios referente al Señor Jesucristo. No discutiremos por ahora si estás o no satisfecho de esa muerte. La verdad más grande que jamás se ha expresado tocante a la muerte del Señor Jesucristo es la de que Dios está satisfecho de ella. Como lo hemos explicado ya, la muerte del Señor Jesucristo satisface la divina santidad. Hemos explicado también cómo la justicia de Dios quedó satisfecha también. Cuando reconozcas estas verdades de Dios y creas en la sangre y muerte del Señor Jesucristo como satisfacción completa ante Dios por tus pecados, entonces Dios hará en tu vida un milagro sobrenatural, y te dará una rectitud que no posees ahora. No es que Dios plantará en tu vida un diez por ciento si has alcanzado el noventa por ciento de la perfección, o el cincuenta por ciento si has vivido una vida a medias, o mayor proporción si has sido una persona muy pecadora.

Tal idea podrá concebirla únicamente quien confunda las medidas del hombre con las medidas de Dios. En todos los casos, Dios tiene que empezar su milagro desde el cimiento hasta llegar a la medida estipulada y plantar en el interior de la persona la nueva vida que hay en Cristo Jesús. Esto lo hará Él en seguida que aceptes su fallo o veredicto referente a su Hijo, quien declaró: «Os es necesario nacer otra vez», y también dijo: «El que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios». Este segundo nacimiento no es una reforma moral, ni un esfuerzo del carácter, ni celo en las buenas obras: es ese sobrenatural y transformador milagro de la gracia que Dios otorga al hombre cuando éste acepta y cree sinceramente los citados dos fallos o veredictos de Dios. El carácter, la moralidad, el celo en las obras y la religión misma solamente conducirán a la perdición si se los considera como base única de salvación.

Después que Dios ha sembrado en nosotros la nueva vida, a medida que confiamos en Él, Él nos facilita la manera de vivir de día en día una vida de buenas obras, y nos suministra el carácter elevado que puede aceptar, que no es el nuestro, sino el carácter del Señor Jesucristo que opera en nosotros. Para evitar torcidas interpretaciones es preciso hacer aquí una aclaración.

Cuando Dios planta esta nueva vida milagrosa en el creyente, no quiere decir esto que el creyente se perfecciona inmediatamente. La nueva naturaleza es en verdad absolutamente perfecta, pero mora juntamente con la vieja naturaleza pecadora, y sabido es que «la carne lucha contra el espíritu»; pero gracias a la obra redentora de Jesucristo en la cruz, el creyente posee una nueva naturaleza, y Dios ve al creyente en toda la perfección de Cristo Jesús. Día por día Dios trabaja en la vida de su nueva criatura, y una vez empezada la buena obra continúa perfeccionándola hasta ese dichoso día cuando Él cambie la humillación de nuestro cuerpo, a fin de que la nueva naturaleza more sola en un cuerpo totalmente transformado y la vieja naturaleza pecadora no exista más. Esta maravillosa operación, o sea, el traspaso judicial de nuestros pecados a los nobles hombros de Cristo, después el traspaso a nosotros de la rectitud de Cristo, el diario y real proceso de aproximarnos más y más a Él, y la futura liberación de toda presencia de pecado pueden ser nuestros creyendo a Dios en dos cosas.

¿No querrías hoy mismo, dondequiera te halles y en cualquier estado que estés, cerrar los ojos en oración a Dios y decir: «¡Oh, Dios Santo, reconozco que estoy lejos de tu perfección, que medido por Jesucristo Nuestro Señor soy enteramente deficiente. Confieso que esto se debe a mi naturaleza pecadora, y acepto que en la cruz el Señor Jesucristo pagó noblemente el castigo de mis culpas. Admito por fe tu revelación de que esto tuvo que ser así para deshacer mi pecado, y creo en el Señor Jesucristo como mi Salvador personal. Haz dentro de mí el milagro de la gracia, y planta en mi interior la nueva vida que hay en Cristo Jesús».

DONALD GREY BARNHOUSE.

## ¿Fe en la oración u oración de fe?

Hay muchos que han orado sinceramente por alguna bendición definida y si ha fallado la petición, se han llenado de amargura y hasta se han vuelto escépticos. Y uno oye de tales personas desanimadas la frecuente expresión: «He perdido la fe en la oración».

Esto revela una falsa comprensión de la debida actitud hacia la oración. Fe en la oración es una cosa, y la oración de fe es otra muy distinta.

El hombre que tiene solamente fe en la oración pone demasiado énfasis en la oración y no la suficiente en el Dios a quien ora. Él usa la oración como una especie de talismán mágico para obtener de Dios las cosas que desea. Después, si no logra lo que ha pedido, deja el asunto de la oración, lo mismo que los paganos golpean su fetiches. Para ellos la oración es su dios; en lugar de ser piadosos son en un sentido idólatras. Fe en la oración es una cosa muy de niño y una inadecuada actitud.

El objeto de nuestra fe debe de ser Dios y no la oración. Entonces, la oración en esta fe no fallará. Debemos primero entregarnos completamente en sus manos, con todo lo que tenemos, y dejarlo para que Él lo guarde. Tenemos que darnos cuenta de que aunque nosotros no podemos ver nada más que un pequeño segmento de nuestra vida, Dios ve el largo y el ancho de ella con todas sus complicaciones y dificultades. Que, siendo verdad, lo que nosotros pensamos que queremos, puede que no sea a su vista lo que nosotros más necesitamos. De manera que cuando oramos con fe, fe en Dios, primero reconocemos que todas las cosas están en su mano y luego, que Él ha prometido suplir todas nuestras necesidades.

Orando así estamos preparados por si acaso nuestra petición nos sea negada. Dios puede decir «espera» o «no». Pero, aunque puede negar nuestra petición, nunca nos niega a nosotros mismos. En esta confianza no debemos de enojarnos, como niños mal criados, cuando ésta o aquella petición no se nos concede. Porque nuestra fe es en Dios, y cualquiera que sea la respuesta a la oración, Él es fiel.

Entonces ¿por qué orar, si Dios sabe lo que necesitamos y nos lo dará? También un buen padre suple todas las necesidades de su hijo, y sin embargo hay muchas cosas que el niño no recibiría si no las pidiera. No solamente esto, sino que si el niño ha de recibir lo que le hace falta ha de estar en comunión con su padre. La oración no es meramente pedir cosas a Dios; es también mantener comunión con Él. Se necesita un dador amante y un recibidor agradecido para hacer un regalo perfecto. Y la oración es el alma humana abriendo su mano al dador. El hijo que confía y ama a su padre es el que continuamente hace peticiones. Mientras más ama uno y confía en Dios el Padre, más tendrá presente los deseos de su corazón. Los verdaderos creyentes no son aquellos que indiferentemente preguntan «¿Por qué orar?». Ellos están continuamente elevando sus peticiones al Trono de la Gracia, pero ellos esperan que Dios escoja sus oraciones y dejan los resultados a su sabiduría y discreción.

La fe en la oración es una cosa barata, casi como superstición, es lo mismo que tocar en madera hueca. Pero la oración de fe, fe en Dios, es una firme seguridad que presenta humildemente, pero con confianza, sus demandas y deja los resultados a Dios.

## El Nuevo Testamento

con notas destinadas a poner de relieve las verdades esenciales que él encierra, redactadas por el pastor Faivre, y traducidas al español por J. T. de la Cruz.

Interesante para estudio y consulta. De venta en la Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Precio: 1,50 pesetas.



## EL ABC DE LA BIBLIA

## CAP. XXV.-EL HOMBRE MAS VIEJO DE LA TIERRA

**E**NOCH conocía muy bien lo que Dios le había dicho del juicio que vendría sobre la tierra, del diluvio, de los pecados horribles de los hombres; y Dios le dijo también que los impíos tendrían su juicio, y que el juicio no tardaría.

Sin duda alguna Enoch preguntó a Dios cuándo ocurriría esto y el Señor se lo dijo de una manera muy hermosa. A Enoch le nació un hijo, y él habló con Dios acerca de este niño y del nombre que debía llevar. Es cierto que Dios le dijo a Enoch el nombre que debía poner a su hijo. Sabemos esto por el significado del nombre de este niño. Hoy, cuando damos nombre a un niño no sabemos si el carácter del niño va a reflejar el significado de su nombre o no. Irene es la palabra griega que significa paz, pero una niña puede llamarse Irene y llegar a ser una niña pendenciera y de mal genio. David fué un hombre, según el corazón de Dios, sin embargo podemos ponerle a un niño el nombre de David y este niño llegar a entristecer al Señor.

Pero cuando Dios escogía un nombre para algún hombre, el carácter de tal hombre caía muy bien con el nombre, o los juicios descritos en el nombre sucedían tal como Dios lo había predicho.

El Señor le dió un nombre a Enoch para su hijo que en verdad era muy extraño. El niño debía llamarse «Cuando-Él-Muriere-Vendrá». Este es el significado del nombre Matusalem. El niño creció y llegó a ser un hombre. Podemos imaginar cómo se reirían los otros muchachos de un nombre tan raro. En todas las épocas los hombres que han sido muy buenos han sido la burla de los demás hombres. Los hombres impíos, descendientes de Caín, pensarían que Enoch era un tonto en predicar como lo hacía. Oíd otra vez las palabras del sermón de Enoch que el Señor nos ha dejado escritas en la epístola de Judas: «De los cuales también profetizó Enoch, séptimo desde Adam, diciendo: he aquí el Señor es venido con sus santos millares, a hacer juicio contra todos».

Sin duda los hombres malos de entonces se reirían de Enoch y le preguntarían cuándo vendría ese juicio de que él hablaba. El niño Matusalem era la respuesta: «Cuando-Él-Muriere-Vendrá».

Dios no hace que los hombres crean su verdad. Él solamente se la dice. Los hombres pueden rechazarla si desean. Pero nuestro Dios no duerme, y todo lo que Él promete sucederá exactamente cuando y como Él lo dice. Mientras Matusalem vivió, los hombres estaban resguardados del juicio. El juicio del diluvio que Dios había profetizado por medio de Noé, no vendría hasta que Matusalem muriera.

Aquí encontramos la razón por la cual Matusalem vivió mucho más tiempo que ningún otro hombre nacido en este mundo; porque Dios nos dice que él tenía novecientos sesenta y nueve años cuando murió.

Un ministro que no cree en la Biblia, escribió una vez en un periódico que la gente del tiempo de Matusalem debía de contar los años diferente a nosotros, y que éstos eran más cortos. Este ministro sugirió que lo mismo que los indios Americanos contaban el tiempo por la luna, también era así con los descendientes de Caín, de manera que la edad de Matusalem debía de ser de 969 lunas. Si multiplicamos 969 por 28, que son los días que hay de una luna a otra, y después lo dividimos por los días que tiene un año, 365, encontraremos que Matusalem, según este cálculo, debía de haber vivido un poco más de setenta y cuatro años. Esto parece muy bien a simple vista, porque ese es el tiempo natural de la vida de los hombres hoy en día, pero si la palabra «año» significa lunas para Matusalem tiene que ser igual para su padre, y como Enoch tenía sesenta y cinco cuando su hijo nació, él hubiera sido padre a la edad de siete años, y abuelo a los treinta y uno. ¿Es esto admisible? Cuando los hombres juegan con la Palabra de Dios se vuelven necios.

No; los años de Matusalem podían ser como los nuestros. Él vivió novecientos sesenta y nueve años y luego murió. Esta es la figura más grandiosa de la paciencia de Dios para con los hombres que encontramos en la Biblia. Era como si Dios, habiendo decretado el juicio, quisiera suspenderlo, esperando y esperando, como para ver si los hombres se arrepentían y creían en Él.

Vamos a tener ahora una lección de aritmética para probar que esto es verdad. Leeamos en Génesis, V, 25, que Matusalem tenía ciento ochenta y siete años cuando su hijo Lamech nació. Si añadimos a este número la edad de Lamech cuando Noé nació, ciento ochenta y dos años (versículo 28), y la edad de Noé cuando vino el diluvio, seiscientos años (Gén., VII, 11), encontraremos que nos da novecientos sesenta y nueve, la misma edad que tenía Matusalem cuando murió.

Así, usando la aritmética, hemos probado que la Biblia dice verdad, y también hemos probado que Dios es muy amante y paciente y, por último, que Él cumple su palabra, exactamente como lo ha dicho.

9696 6696 6696 6696 6696 66 96 66 96 66

## DICE LA BIBLIA...

## Preguntas y Respuestas.

## Pregunta.

*Encontramos en varios lugares de la Biblia personas que ayunaban, y sabemos que algunos hombres de Dios practican esta costumbre. ¿Cuál es el valor del ayuno?*

## Respuesta.

No tenemos ningún mandamiento acerca del ayuno en el Nuevo Testamento. Es un

asunto en el cual el creyente tiene que ser guiado por el Espíritu Santo.

No hay nada en el ayuno que permita decir que se gana el favor de Dios. No recibimos ninguna de sus grandes bendiciones porque las ganemos o merezcamos. Pero puede ser, en ciertos casos, que el Señor guíe a algunos individuos a la oración por largos períodos de tiempo, y que para disminuir las interrupciones, ellos deseen ayunar. Sin embargo, debemos de acordarnos que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, y que, como tal, tenemos el deber de cuidar de él. Cualquier ayuno llevado a tal extremo que pueda ser dañino a la salud será contrario a la voluntad de Dios, y tal vez pueda ser un pecado. Naturalmente que el Señor nunca guiará a un creyente a excesos de ninguna clase. En nuestra vida espiritual no es el alma cosa separada del cuerpo, sino alma y cuerpo rendidos al Señor.

## Pregunta.

*Si Dios no oye y contesta las oraciones de los no convertidos, ¿cómo pueden ellos esperar ser salvos por medio de la oración?*

## Respuesta.

Nadie es salvo por medio de la oración. No es porque oremos a Dios por lo que somos salvos, sino porque aceptamos a Jesucristo como nuestro Salvador, reconociendo que somos pecadores y que Él ha consumado la obra de redención. Casi siempre la oración acompaña la aceptación de Cristo. Es muy natural que el que cree en el Señor Jesucristo se llegue a Él y ore para decirse. Pero no es su oración, sino su fe, fe en el don de Dios, el medio de la salvación. Entendamos bien la Palabra de Dios. Lo más importante de que debemos darnos cuenta acerca de la salvación es que el hombre no puede hacer absolutamente nada para salvarse. Todo en la salvación viene de Dios. La expiación fué hecha, y terminada por Jesucristo. La fe, por la cual creemos, es el don de Dios (Efe., II, 8). Es terrible decirle a un incrédulo que tiene que orar, o leer la Biblia, o ir a la Iglesia, para salvarse. Dios dice que lo único que tiene que hacer es *creer*. Y donde Dios ha hablado no tenemos derecho a añadir, o sustraer nada de su palabra.

## ESPAÑA EVANGÉLICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN PARA 1934

## España y Portugal.

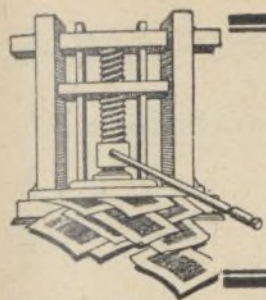
Año . . . . .	6,— ptas.
Semestre . . . . .	3,— »
Paquetes desde 10 ejemplares:	
Trimestre, por ejemplar . . . . .	1,25 ptas.
Semestre, por ejemplar . . . . .	2,50 »
Año, por ejemplar . . . . .	5,— »

## América.

Año . . . . .	10,— ptas.
Semestre . . . . .	5,— »
Paquetes, por ejemplar . . . . .	8,— »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
BENEFICENCIA, 18. • MADRID (4)  
Teléfono 33590.





# INFORMACIÓN EVANGÉLICA

## ESPAÑA

### Inauguración de un templo en Manresa.

Es un jalón de verdadera importancia en la marcha triunfante del movimiento evangélico español, la inauguración de un hermoso local de culto en la cuna y baluarte del jesuitismo.

La evangelización de la ciudad de Manresa fué intentada hace muchos años por un grupo de jóvenes de la entonces floreciente Iglesia Reformada de Monistrol de Montserrat; mas el pueblo, fanatizado, apedreó a aquellos esforzados campeones de Cristo, sin comprender que rechazaba a sus bienhechores, condenándose inconscientemente a algunos años más de tinieblas espirituales.

Allá por el año 1912 unos colportores que tenían un puesto en la feria se vieron agredidos por el «requeté» carlista. El puesto fué estropeado, y los colportores llevados a empujones hacia la estación, mientras algunos trataban de arrojarlos al río. En esta ocasión había ya elementos republicanos en Manresa que, noticiosos de lo que ocurría, salieron en defensa de los atropellados, iniciándose una batalla campal en la plaza del Olmo, que obligó a los elementos reaccionarios a refugiarse en su centro político. Uno de los detalles que más impresionó al pueblo en aquella ocasión fué la manse dumbre y valor de los perseguidos siervos de Cristo. «No sé de dónde sacan tales hombres que saben defenderse con palabras sin perder la serenidad», me han dicho algunos de los que tomaron parte en la refriega.

Desde que la Iglesia Bautista de Tarrasa se encontró con plenitud de fuerzas, estábamos pensando en esta importante ciudad, clave comercial de una vasta comarca de Cataluña. La proclamación de la República abrió paso a nuestros deseos. Pocas semanas después de esta gloriosa fecha, salimos, el que ahora va a ser pastor de aquella naciente Iglesia, D. Felio Simón y el que suscribe, y pegamos con nuestras manos un gran número de pasquines anunciando el librito de controversia religiosa: «A las fuentes del Cristianismo», del que previamente habíamos provisto todas las librerías.

El segundo ataque fué la instalación de un amplio puesto en la feria, donde estuvi-

mos dando constantes conferencias acerca de la Historia de la Iglesia, con un gran mapa dibujado exprofeso. No dejamos de contar entre el auditorio a algunos curas, a los que el miedo al nuevo régimen había cerrado la boca.

Poco después empezamos a celebrar reuniones en un piso, pero estaba mal emplazado, frente a un convento, y a pesar de todos los anuncios la gente recelosa no su-

lismo. Calumnias, coacciones, provisión de empleos, todo fué usado para hacernos el vacío. Prodigamos los anuncios. Celebramos una fiesta en un teatro. El pueblo continuaba receloso y no acudía en grandes masas; pero hoy sabemos que meditaba en qué vendría a parar aquéllo.

En esto se acentúa la crisis de nuestra Sociedad Misionera. No es posible sostener una Obra que absorbe mucho de las fuerzas de la Iglesia y va lentamente. Hay que decidirse a hacer un esfuerzo supremo o a cerrar las puertas. Y después de considerarlo delante del Señor optamos por lo primero. Creímos que no era justo dejar abandonadas algunas almas que lo habían arrostrado todo para venir a escuchar el Evangelio y dar la razón a los que durante tanto tiempo habían estado vituperando el Cristianismo evangélico.

A malos tiempos grandes empresas, decíamos. Alguien nos hacía notar que este procedimiento a lo Hernán Cortés sale bien una vez entre ciento; pero el Señor parecía decirnos otras cosas más alentadoras por medio de las circunstancias. Un terreno maravillosamente emplazado sobre la misma Rambla enfrente de la Plaza de Toros y del Instituto de Segunda Enseñanza, nos es ofrecido en condiciones muy ventajosas. El Ayuntamiento da permiso para construir (a nuestra costa) una escalinata desde la Rambla. La única dificultad es sobre este mal asunto, que llamamos dinero; pero tampoco falta en el momento oportuno.

Empezamos la construcción la semana después del Congreso y, aunque no enteramente terminado, como puede apreciarse por la fotografía, tuvimos el gozo de inaugurarlo el 15 de Agosto.

A esta solemnidad acudieron nutridas representaciones de las Iglesias bautistas de Barcelona, Sabadell, Badalona, Villafranca y Tarrasa. D. Daniel Mir vino de Rubí en representación de los hermanos metodistas de la región, y el presidente de la Alianza Evangélica Española nos honró muy especialmente viniendo para este objeto de Madrid.

El público de Manresa que desde el mes de Junio ha venido afluyendo a las reuniones, se desbordó en esta ocasión invadiendo el local por todos lados. Los jóvenes pastores, señores Ciruelos y Simón, nos abrieron el camino con buenos mensajes evangélicos. D. Daniel Mir, basándose en 1.ª Cor., capí-



El nuevo templo en Manresa.

bía. Más de una vez, después de repartir centenares de tratados en la calle, tenía que subir a celebrar la reunión ante tres o cuatro personas, a quienes había podido «coger».

En vista de este poco éxito nos trasladamos, pagando un alquiler exagerado, a una tienda céntrica en la calle de Sobrerroca. Abrimos grandes escaparates y ofrecimos prestar libros gratuitamente a quienes los solicitaran. Esto nos atrajo un ejército de chiquillos y algunas personas mayores que habrían seguido las reuniones con interés a no mediar la contraofensiva del clerica-



tulo III, versículo 21, asegúrenos que Manresa es nuestra y que no debemos contentarnos con ocuparla, sino conquistarla para Cristo. D. Ambrosio Celma dirigió un mensaje especial a los escépticos, que hizo una grande impresión.

A no ser por el respeto al lugar, pensamos que al pueblo de Manresa no le faltaban deseos de aclamar al «representante de todos los evangélicos españoles venido de Madrid», cuando éste se levantó a hablar en nombre de la Alianza, tal era el entusiasmo que se reflejaba en los rostros de los más extraños. Entre uno y otro parlamento elementos de coro de las Iglesias Bautistas de Barcelona y Tarrasa cantaron diversos himnos, y al final anunciamos como «la Marsellesa de los evangélicos» el conocido himno: «Hijos de los españoles que murieron por la fe», el cual todos los presentes cantaron y escucharon en pie.

Desde el día de la inauguración, el local constantemente abierto ha sido visitado por millares de personas, sobre todo a las horas de salida de los talleres, las cuales se llevan todas algún folleto y una explicación acerca de nuestras creencias. En cada reunión el pueblo tiene que agolparse en el atrio, porque apenas cabe en el local donde hay asientos para unas 150 personas, y a pesar de esta incomodidad escuchan reverentemente todo el culto. Muchos dicen que estamos realizando una revolución ideológica, porque en todas partes se habla del movimiento evangélico y la inmensa mayoría de los comentadores nos defienden con acaloramiento.

El aspecto del local es sencillo: en el interior lo adornan cuatro grandes columnas imitación a mármol, de las cuales dos forman la entrada a la plataforma. Cuatro óvalos formados en las mismas paredes ostentan textos de la Biblia en catalán. A la entrada, al lado del atrio, hay un magnífico salón biblioteca, y en el fondo dos puertas de forma gótica dan acceso a las habitaciones del pastor.

Nos complacemos en ofrecer esta nueva casa de culto y oración a todos los hermanos que alguna vez visiten la cuna del jesuitismo. — *Samuel Vila.*

### Seminario Evangélico Unido.

Sr. Gerente de ESPAÑA EVANGÉLICA:

Mi distinguido amigo: Una vez más acudo a la benévola hospitalidad de su importante semanario, para publicar por medio del mismo algunas noticias de interés para jóvenes que quieran dedicar su vida a los fines más elevados que pueden llenar de entusiasmo el corazón de un cristiano.

Es evidente, que los trabajos improvisados, si los acompaña una predisposición genial, y se refieren a necesidades momentáneas, logran algunas veces éxitos sorprendentes. Pero también es una verdad innegable, que toda obra permanente, que toda actividad prolongada, si no ha de desembocar en la mediocridad, o llegar aún a la ineficacia completa, exige una preparación ade-

cuada, cuanto más intensa mejor. Aun me atrevo a decir, que con frecuencia, lo que a la contemplación superficial se presenta como efecto del genio grande, es en realidad fruto de un estudio, de un trabajo concienzudo y prolongado. A nadie le puede extrañar por tanto, que los que pensamos en la Evangelización de España, consideremos de suma importancia la preparación de los futuros ministros de la Iglesia. A este fin se ha consagrado de modo especial nuestro modesto Seminario, y los resultados obtenidos hasta ahora, nos alientan a seguir por el camino emprendido, pero también nos autorizan a invitar a los jóvenes a que acudan al mismo, en la seguridad de que no perderán el tiempo, si ellos mismos, por su parte traen la disposición de ánimo indispensable, y las cualidades de carácter absolutamente necesarias. El Seminario no puede ofrecer a sus alumnos, una vez que hayan terminado sus estudios de modo satisfactorio, ninguna colocación ni cargo eclesiástico, esa es cuestión de las respectivas Iglesias. Lo que pretendemos facilitar es el estudio, la preparación. Pero esto significa a mi entender, que las perspectivas de nuestra labor se ensanchan, pues no se trata exclusivamente de preparación para el ministerio de una denominación determinada, sino de estudios, que pueden interesar también a jóvenes, que sin pensar en dedicarse al pastado, desean sin embargo profundizar en el conocimiento del Evangelio, para estar en condiciones de dar razón en cada momento de la fe que hay en ellos, colaborando así de modo inteligente y provechoso a la obra de la Iglesia, dentro de la esfera que pueda corresponderles en la vida de la nación.

Esta ha sido una de las razones, para que las clases del Seminario Evangélico Unido se den con preferencia por las tardes, facilitando de este modo la asistencia a alguna de las mismas, a personas, que durante la mayor parte del día tienen que seguir su profesión, o dedicarse a otras actividades.

De manera que contamos con dos grupos de alumnos; unos, que podríamos llamar oficiales, y otros que en calidad de oyentes, desean aprovechar la ocasión que se les brinda gratuitamente, de asistir a la explicación de alguna que otra de las asignaturas, para la que tengan especial interés.

Unos y otros han de dirigirse para su inscripción a D. Elías Araujo, actualmente en los Rubios, provincia de Málaga, quien les comunicará con sumo gusto los detalles que le pidan. Para los alumnos oficiales de fuera de Madrid, contamos con alguna beca, que les pueda facilitar la estancia en la capital, durante el curso, que dura desde principios de Octubre hasta fines de Junio.

Expresándole una vez más mi agradecimiento por dar cabida a estas líneas, me reitero con este motivo, como siempre afectísimo s. s. y hermano. — *Jorge Fliedner.*

\* \* \* \* \*

### NUESTRA ESTAFETA

R. L. G., Asquerosa. — Se le enviaron los números que no había recibido. Los suponemos en su poder.

## Alianza Evangélica Española.

Temas de oración para Septiembre.

### ALABANZA:

Por la incesante labor evangelística que se realiza.

Por la apertura de nuevos locales, conferencias de verano y otros actos celebrados últimamente.

Por el período de vacaciones que muchos han disfrutado.

### SÚPLICAS:

Por nueva labor de propaganda en España.

Por nuevos propósitos para extender la Obra.

Por el nuevo curso escolar en las escuelas de enseñanza primaria.

Por los gobernantes y la paz social.

*Los directores de reuniones pueden añadir los puntos de acción de gracias o de súplica que las circunstancias del momento aconsejen.*

### De San Sebastián.

El día 1.º de Agosto se formó, por los niños de la Escuela Dominical de San Sebastián, una Sociedad infantil de Esfuerzo Cristiano. Se nombraron, como es costumbre, los diferentes cargos, que son los siguientes: Presidenta, Jacqueline Roulet; vicepresidente, Adelaida Rodríguez; tesorera, Julia Mena; secretario, Adolfo Marqués.

Esta Sociedad tiene por objeto principal unir a los niños en amor, ayudar en lo que sus fuerzas puedan a la Iglesia y trabajar mucho para que otros niños vengan al conocimiento del buen Jesús. — *Adolfo Marqués.*

\* \* \*

No resisto al deseo de añadir unas líneas a las enviadas por el secretario de la Sociedad infantil para decir algo, no de la Escuela Dominical ni del Esfuerzo Cristiano de aquí, sino de los niños.

Los que han pasado por San Sebastián saben que la Casa-Misión tiene una posición muy hermosa, con unas vistas magníficas; parece que desde ella se acerca uno más a Dios, y hay momentos en que el espíritu se eleva en la contemplación de las obras del Todopoderoso; pero la subida es un poco costosa, hay muchas escaleras y esto hace que algunos se desanimen y dejen de cumplir sus promesas hechas — no a un hombre, sino a Dios — de asistir a los cultos.

Pero tengo una experiencia y un gozo muy grandes al ver que los niños suben esas escaleras con alegría y buena voluntad.

A pesar de esas dificultades ya hay 18 niños en la Escuela Dominical, los cuales han formado la Sociedad de Esfuerzo Cristiano.

Da gozo ver las caras de alegría que ponen cuando se les invita a cualquier trabajo que ellos pueden hacer.

Han celebrado diferentes fiestecitas, las cuales han sido motivo para la adquisición



de nuevos niños. Piensan hacer trabajos y ropitas para el hospital y personas necesitadas, y animarán también de vez en cuando con sus bonitas voces las horas del culto. Van a preparar una fiesta para niños pobres, ¿podrá de esta manera aumentar el número de pequeños soldados de Jesucristo?

«Si no os volviereis como niños no podréis entrar en el reino de Dios», y verdaderamente que así tenemos que ser. En su compañía se aprenden muchas cosas que debíamos poner en práctica:

Humildad, sinceridad, entusiasmo.

Confío en que Dios bendecirá la semilla derramada en estos pequeños corazones, y no dudo ni por un momento que dentro de unos años llegarán a ser miembros de la Iglesia de Cristo, si con amor y simpatía son guiados en su primera edad.— *Elvira de Marqués.*

### Las escuelas de Rubí.

Las escuelas anejas a la Iglesia de Rubí, pequeña ciudad próxima a Barcelona, han celebrado, como fin de curso, una exposición de trabajos y labores, a la cual fué invitado el Ayuntamiento. Y el Ayuntamiento, dando una prueba de verdadero espíritu liberal, envió una representación oficial que visitó la exposición, quedando muy bien impresionada de los trabajos que se realizan en aquellas escuelas.

En la inmediata sesión del Ayuntamiento

se hizo constar la satisfacción con que el Concejo veía la labor de cultura que las escuelas protestantes realizaban en Rubí.

Felicitemos muy sinceramente a los profesores de las referidas escuelas y al pastor de la Iglesia, bajo cuya dirección funciona aquel establecimiento docente.

\*\*\*

## NOTAS BREVES

*Iglesia Española Reformada, Salamanca.* — En el culto matutino del día 19 recibió las aguas del Bautismo el niño Eugenio, hijo de Crisantos García y Socorro Martín. Que el Señor bendiga a los padres y al recién bautizado.

*Iglesia Bautista, Alicante.* — El 24 de este mes pasó a la presencia del Señor la anciana y amada hermana D.<sup>a</sup> Dolores Pauquet Barba, uno de los miembros fundadores de esta Iglesia. Desde su conversión fué siempre fiel a su Dios, dando un testimonio excelente del Evangelio. Ha sido una firme columna en la Iglesia que ha tenido el privilegio de tenerla en su seno por tantos años. Reciban sus familiares nuestro aprecio y condolencia cristiana.

*Iglesia Evangélica Metodista, Barcelona.* — Ha fallecido nuestra querida y fiel hermana D.<sup>a</sup> Engracia Arnau, viuda de Fernández. D.<sup>a</sup> Engracia era muy estimada por todos, debido a la bondad de su carácter y a la firmeza de su fe. Reciban sus apreciadas hijas, Teófila y Carmen la expresión de nuestra simpatía.

## IN MEMORIAM

El 9 del corriente llamó el Señor a su descanso al colportor retirado de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera D. Fernando López de Dios.

Hijo de un celoso colportor de los tiempos heroi-

cos, D. Juan López, quiso, al regresar a España del ejercicio de su profesión de practicante en Cuba, dedicarse a la misma bendita labor que su padre; y así lo hizo, trabajando en la península por dos temporadas y en las Islas Canarias por varios años. Don Fernando sabía presentarse bien, tenía don de gentes, y lograba buenos resultados en su propaganda de la Biblia. Su característica era la dulzura de su carácter y la amplitud de su mente. Podía comprender bien a sus interlocutores y simpatizar con ellos en sus dificultades, al paso que les daba la verdad rotunda del Evangelio.

Víctima hace bastantes años de dolorosa enfermedad, la ha sufrido con cristiana resignación, asistido por el cariño y abnegación de su hermana Francisca, a la cual muy cariñosamente enviamos nuestra condolencia, recordando el tiempo que fué miembro con sus padres de una de las Iglesias de Madrid.

Presidió el servicio fúnebre, lo mismo en la casa que en el cementerio el joven evangelista D. Antonio Jiménez, que con dos hermanos, jóvenes también, acudió a dar testimonio del Evangelio con este motivo en la ciudad de Utrera. La numerosa concurrencia quedó muy conmovida por la forma en que el señor Jiménez expresó nuestras esperanzas cristianas y la solidaridad que une a los creyentes evangélicos.

## ¿SE HA FIJADO USTED

que mañana termina el mes de Agosto?... Pues entonces apresúrese a ponerse al corriente con nuestra Administración, para evitar interrupciones en el envío del periódico.

4

LEYES DE LA REPÚBLICA

ramientos, incluyendo la importantísima ley de secularización de cementerios, la del matrimonio civil y la no menos importante ley de Confesiones. Éste, y no otro, es el objeto de estas pocas páginas, a las cuales deseamos que los evangélicos no se vean nunca obligados a recurrir en consulta.

# LEYES

DE LA

# REPÚBLICA ESPAÑOLA



Publicación de «España Evangélica»

Madrid - 1934

Ayuntamiento de Madrid



## ESCUELA DOMINICAL

**Domingo 9 de Septiembre.**

**Ezequías dirige su pueblo a Dios.**

*2.º Crón., XXX, 1-13.*

TEXTO ÁUREO: Vuestro Dios es clemente y misericordioso. — 2.º Crónicas, XXX, 9.

TÍTULO: Ayudando a otros a conocer a Dios.

1) PROPÓSITO: Enséñese cómo podemos dirigir a otros a Dios.

2) INTRODUCCIÓN: ¿Quién es el que está leyendo? No, no es el rey, sino uno de los muchos heraldos del rey que anunciaban la fiesta de la Pascua. ¿Qué fiesta era ésta? ¿Por qué el pueblo judío había abandonado su observancia?

3) LA LECCIÓN: Nárrase la historia de la lección, pero hágase de la manera más sencilla, según la edad de los niños que formen la clase. La indiferencia religiosa es un gran mal; los malos gobernantes, sean reyes o presidentes, pueden contribuir mucho a la indiferencia religiosa de un pueblo; lo que puede hacer un gobernante; el procedimiento de Ezequías; cómo respondió el pueblo; la gran fiesta; gran regocijo; la fiesta prolongada, etc.

Puede hacerse que los niños digan por qué renovó este rey la fiesta de la Pascua;

otro, cómo Ezequías demostró ser bueno: otro, por qué otros se burlaban, y todavía otro, por qué los que tomaban parte en la fiesta se regocijaban.

**Domingo 16 de Septiembre.**

**Isaías contrasta el falso culto con el verdadero.**

*Isaías, I, 10-20.*

TEXTO ÁUREO: ¿Quién subirá al monte de Jehová, y quién estará en el lugar de su santidad? El limpio de manos y puro de corazón. — Salmo, XXIV, 3, 4.

TÍTULO: Cuando peca el pueblo de Dios.

1) PROPÓSITO: Comprender la gran necesidad que tenemos de un Salvador.

2) INTRODUCCIÓN: ¿Por qué vamos al templo? ¿Tienen razón los que dicen que es lo mismo asistir al templo que orar y leer en sus casas?

3) LA LECCIÓN: En la época de Isaías el pueblo pretendía adorar a Dios; pero en realidad no lo estaba haciendo así. Pregúntese a la clase si siempre que vamos a la Iglesia en realidad adoramos a Dios. Considérense algunas cosas que podemos hacer para que el culto que rendimos a Dios le sea agradable: 1) Cantar; 2) Orar en voz baja; 3) Estar atentos a la predicación y a cada parte del culto. Pregúntese a los niños qué parte del culto es la que les gusta más y por qué. Háblese a la clase cómo el pueblo de Dios pretendía adorar a Dios: del grande pecado que cometían; de la necesidad que tenían de arrepentirse de sus pecados y del castigo que les esperaba si permanecían rebeldes. Impresiónese a la clase con la necesidad que cada uno tiene de escoger a Jesús como a su Salvador.

4) ILUSTRACIÓN: Relátese la parábola del fariseo y el publicano.

**Domingo 23 de Septiembre.**

**Isaías aconseja a los gobernantes.**

*Isaías, XXXI, 1-9; XXXVII, 36, 37*

TEXTO ÁUREO: Tú le guardarás en completa paz, cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti se ha confiado. — Isaías, XXVI, 3.

TÍTULO: Cómo dirige Dios a las naciones.

1) PROPÓSITO: Descubrir la huella de la mano de Dios en los asuntos nacionales.

2) INTRODUCCIÓN: En la fiesta de Belsasar apareció una mano escribiendo en la pared. El rey tembló porque sabía perfectamente que había algo más que una mano. Nosotros podemos descubrir la huella de la mano de Dios en la historia de las naciones y en nuestras vidas, etc.

3) LA LECCIÓN: Relátese ésta en detalle, procurando leer con anticipación todos los capítulos que están relacionados con la lección, a fin de presentar a la clase la idea exacta de cómo Dios dirigió a Judá en la liberación de la mano de los asirios y cuántos trastornos sufrieron por no dar oído al profeta de Dios. Discútase el poder invisible de Dios y cuán débiles son las naciones cuando Él no está de su parte. Impresiónese a la clase con el poder y seguridad de los que forman alianza con Dios, en contraste con la debilidad de aquellos que nada quieren saber de Él.

4) ILUSTRACIÓN: Pueden usarse como ilustración muchos de los relatos bíblicos: Geodón, Débora, etc.

## OFERTAS Y DEMANDAS

(25 céntimos línea.)

SE halla vacante la plaza de guarda de la Iglesia de Beneficencia, de Madrid. Inútiles solicitudes de fuera de Madrid.

**El próximo número de ESPAÑA EVANGÉLICA se publicará, Dios mediante, el jueves día 13 de Septiembre.**

## UNAS PALABRAS

La segunda República española, en su Constitución, promulgada el 9 de Diciembre de 1931, dejó resuelta la cuestión religiosa, que por tanto tiempo ha sido la cuestión de España, y que ha dado lugar a que tantas veces hayan tenido que sufrir persecuciones y vejámenes los protestantes españoles. ¿Habrán terminado ya? Por aquello de que «allá van leyes do quieren reyes», acaso no falte algún día monterilla que poniéndose por ídem la Ley quiera resucitar antiguas persecuciones y viejos obstáculos. Bueno será, pues, que los evangélicos españoles tengan siempre a mano cuanto la ley dispone en materia religiosa, para hacer valer sus derechos, y por eso hemos querido recoger en un pequeño volumen cuanto se ha legislado en materia que afecte a la conciencia religiosa, desde los nombres que pueden ponerse a los niños al ser llevados al Registro Civil, hasta las disposiciones a que deben ajustarse los ente-